

Concordia Seminary - Saint Louis

Scholarly Resources from Concordia Seminary

Cursos teológicos-otros

Recursos en español

1-1-1989

Iglesia como comunidad

David Brondos

Follow this and additional works at: https://scholar.csl.edu/cursos_teologicos-otros



Part of the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

Brondos, David, "Iglesia como comunidad" (1989). *Cursos teológicos-otros*. 23.
https://scholar.csl.edu/cursos_teologicos-otros/23

This Article is brought to you for free and open access by the Recursos en español at Scholarly Resources from Concordia Seminary. It has been accepted for inclusion in Cursos teológicos-otros by an authorized administrator of Scholarly Resources from Concordia Seminary. For more information, please contact seitzw@csl.edu.



IGLESIA COMO COMUNIDAD

Un estudio sobre el Sínodo Luterano de México (SLM)

David Brondos
1989



IGLESIA COMO COMUNIDAD
Un estudio sobre el Sínodo Luterano de México (SLM)

+ *En el precioso nombre de Cristo* +

David Brondos
Sínodo Luterano de México, enero de 1989
Revisado por Marcos Kempff
Digitalizado para Scholar, julio del 2025

+ *A Dios sea toda la gloria* +

La versión de la **Santa Biblia**: Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.
Derechos renovados © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988.

Nombre: _____

Fecha: _____

CONTENIDO

	<i>Página</i>
Introducción	4
Capítulo 1: La meta	8
Capítulo 2: Los medios	14
Capítulo 3: Los dirigentes de la Iglesia	18
Capítulo 4: La comunidad Cristiana	25
Capítulo 5: Acentos teológicos	32
Capítulo 6: La evangelización	36
Capítulo 7: Las finanzas	39
Capítulo 8: Las misiones	44
Capítulo 9: Hacia un nuevo tipo de Iglesia	51
Un modelo de reglamento	64
Lo aprendido en el estudio	70



Y él (Cristo) mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

Efesios 4:11-16

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la Iglesia? ¿Cómo debe de ser? ¿Qué fines y metas persigue? ¿Cómo debe funcionar y trabajar? ¿Qué deben hacer los miembros? ¿Qué deben hacer los dirigentes?

En la actualidad, existe mucha confusión con respecto a estas preguntas. No todos están de acuerdo en las respuestas a preguntas como éstas. Gran parte de la confusión se debe al gran número de diversas iglesias y grupos religiosos que nos rodean, que hablan en términos distintos de la iglesia. Pero también se debe mucho a que aun las iglesias tradicionales, como la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Luterana, están sufriendo cambios muy significativos dentro de sus comunidades. Lo que se les pide a los miembros y a los dirigentes ha cambiado bastante.

El presente estudio tiene el fin de dar diferentes respuestas a las preguntas que hemos formulado arriba, y a otras preguntas relacionadas. Se examinarán las diferentes épocas de la historia de la Iglesia para ver cómo se contestaban estas preguntas. También se examinarán distintos conceptos actuales de la Iglesia, su meta, su trabajo, y su misión.

A través de la historia, ha habido diversos modelos de Iglesias, o sea, distintas formas de llevar a cabo el ministerio de la Iglesia. Examinaremos aquí estos diferentes modelos, tanto antiguos como actuales, y luego trataremos de “retener lo bueno y desechar lo malo,” como San Pablo nos aconseja.

Queremos aprender de la historia, para ver cómo podemos mejorar la iglesia. Siempre queremos mejorar la Iglesia. Es importante que en cada etapa de su historia, la Iglesia se ponga a cuestionar lo que ha hecho y lo que está haciendo. Esto es así porque el ministerio de la Iglesia es algo que no termina. Siempre hay más que hacer, y no podemos estar completamente satisfechos con lo que hemos logrado. Nunca podemos decir: “Ya hemos terminado nuestra tarea.”

Por esta razón, la Iglesia siempre tiene que tener una actitud de auto-crítica. Tiene que definir cuál es su tarea frente a la situación en la que se encuentra. No basta con decir que su tarea es la de “predicar el Evangelio” o “salvar almas.” La Iglesia se encuentra en un mundo lleno de necesidades y problemas, y su tarea también y además tendrá que ser la de ayudar a solucionar las necesidades y problemas que la rodean.

Al mismo tiempo, después de definir cuál es su tarea, tiene que determinar cuál es la mejor forma de cumplir con esa tarea. Tiene que ver cómo emplear de la mejor manera posible los recursos que tiene para llevar a cabo su misión, y desarrollar métodos y estructuras que le permitirán cumplir con su tarea.

En la Iglesia siempre tenemos que preguntarnos: ¿Es ésta la mejor forma de hacer nuestra tarea? ¿Podemos hacer esto mejor de lo que estamos haciendo? Generalmente, lo que sucede es que cada generación hereda las respuestas a las preguntas que hemos señalado de la generación anterior. Ya hay una definición de cuál es la tarea de la Iglesia, cómo debe funcionar y trabajar, etc. Cada individuo que se desarrolla dentro de la Iglesia recibe esa herencia y aprende a pensar de la misma forma que la generación anterior. A veces se le enseña a cada uno que ésas

respuestas que se heredan son las únicas correctas, y las únicas posibles, y que hay que aceptarlas forzosamente.

Es bueno y necesario que cada generación reciba estas tradiciones de la generación anterior. Sin embargo, es muy importante que cada generación y grupo de cristianos aprenda a analizar lo que ha heredado de otros. Cuando esto no ocurre, la Iglesia se estanca. Deja de ser relevante a su nueva situación y a la nueva problemática que enfrenta, porque no cambia cuando todo el mundo a su alrededor está cambiando. Podemos aprender muchísimo de la tradición, y la tradición es algo muy preciosa. Pero también nos podemos dejar esclavizar por la tradición, cuando se necesitan nuevas respuestas y nuevas ideas, y eso es malo.

Es importante siempre cuestionarnos y evaluarnos a cada paso. Siempre debemos estar preguntando si estamos trabajando bien, si las metas que tenemos son las más indicadas, y si nuestro camino es el más indicado para alcanzar esas metas. Y es aún más importante cuestionarnos cuando las cosas no nos están saliendo bien, cuando estamos fracasando en nuestra misión. Es cuando sabemos que algo anda mal, y tiene que corregirse.

Este es el caso de la Iglesia Luterana en nuestros días. El número de luteranos en el mundo y en los Estados Unidos va disminuyendo cada año, frente a una población que sigue en aumento. Muchos miembros lo son sólo por su herencia cultural, y no por una verdadera convicción. La mayoría son poco activos; no tienen el mismo celo que los cristianos primitivos, o que los Testigos de Jehová o los Pentecostales, por ejemplo. La mayoría de nuestros miembros se parecen a los cristianos descritos en Apocalipsis 3:15, pues “ni son fríos ni calientes” en su vida cristiana, sino tibios. Y el Señor mismo declara que esa tibieza es totalmente inaceptable para él.

En América Latina, la situación es la misma. En México, por ejemplo, la Iglesia Luterana se ha estancado en gran parte. Los miembros también son “tibios,” si no fríos. Se practica poco la evangelización, la mayordomía, la vida devocional privada, y el estudio bíblico. Hay muy poco crecimiento espiritual y numérico.

Por estas razones, es urgentísimo que cuestionemos lo que hemos estado haciendo. ¿Por qué estamos así? ¿Cuáles son las causas de este estado tan triste? ¿Qué estamos haciendo mal? ¿Hay alguna solución? ¿Qué podemos hacer mejor? ¿Qué cambios son necesarios para que la Iglesia esté más fuerte y pueda llevar a cabo su misión en el mundo de la forma más eficaz posible?

Para investigar estas preguntas y dar algunas respuestas, es necesario estudiar la historia. Habrá que ver cómo hemos llegado a donde estamos, por qué pensamos como pensamos y actuamos como actuamos. Hay que conocer bien cuál es el problema, y sólo entonces podemos sugerir algunas soluciones.

Hemos dividido este estudio en 9 capítulos. Los primeros ocho capítulos tratan un tema particular cada uno con respecto al ministerio de la Iglesia. Estos capítulos tienen varias secciones. Después de una breve introducción, hay una consideración del tema del capítulo en relación con la Iglesia Primitiva. La Iglesia Primitiva es de mucha importancia para nosotros, por diversas razones.

En primer lugar, la Iglesia Primitiva fue fundada por Jesucristo mismo a través de los apóstoles, y por lo tanto, históricamente está mucho más próxima a Jesucristo y a los apóstoles que nosotros. Por eso, las tradiciones, costumbres, prácticas y enseñanzas tenderán a ser muy fieles a lo que Jesucristo y los apóstoles enseñaron.

En segundo lugar, si hemos de escoger un período ideal en la historia de la Iglesia Cristiana, tendremos que escoger el período inicial de esa historia. En los primeros siglos, hubo más crecimiento, más sencillez, más idealismo, y más entrega y amor que en los siglos posteriores. Por supuesto, esto no es verdad en todos los casos. La Iglesia Primitiva no fue de ninguna manera perfecta o ideal, como las mismas epístolas de San Pablo y de los otros apóstoles nos atestiguan. Desde el principio había problemas, divisiones, y dificultades. Lo que estamos afirmando no es que aquella iglesia haya sido perfecta o ideal, sino que estaba más cerca al ideal que nosotros hoy en día.

Por lo tanto, hay muchísimo que podemos aprender de la Iglesia Primitiva. Sin embargo, siempre tenemos que recordar que ya no estamos viviendo en el primer siglo. Las condiciones de hoy son muy distintas. Las condiciones sociales, religiosas, intelectuales, económicas, y culturales han cambiado mucho.

Por esa razón, no podemos insistir en volver a hacer todo igual como se hacía en la Iglesia Primitiva. Pero sí podemos aprender mucho de esa época inicial del cristianismo, como veremos.

Después de su etapa inicial, la Iglesia fue cambiando de muchas maneras. Por ejemplo, dejó de ser perseguida, y se convirtió en la religión oficial del estado. Creció en riqueza y poder. Hubo muchos cambios, porque la Iglesia se encontraba frente a una nueva realidad, y había que cambiar. Muchos de los cambios fueron necesarios; y aunque hoy podemos criticar a aquellos cristianos diciendo que cometieron muchos errores, tenemos que recordar que ellos siempre hacían lo que les parecía más correcto frente a su situación. Por eso, aunque no siempre estemos de acuerdo en lo que hicieron, tampoco podemos decir que hicieron mal, porque ellos mismos estaban luchando con problemas nuevos y difíciles de solucionar.

La Iglesia Medieval es muy importante para nosotros porque en ella están las raíces de todo el cristianismo occidental. Hay muchos rastros de aquella época en el cristianismo actual, muchos más de lo que a veces pensamos. La Iglesia Luterana, junto con muchas de las otras Iglesias Protestantes, nació de la Iglesia Católica Medieval. De hecho, muchas iglesias y pueblos católicos cambiaron de católicos a luteranos casi de la noche a la mañana. Lo mismo pasó en la Iglesia Anglicana, y por lo tanto, tanto la Iglesia Luterana como la Iglesia Anglicana, como todas las Iglesias Evangélicas, conservan rastros de la Iglesia Medieval. Aunque todos los protestantes han criticado severamente a la Iglesia Católica Romana, y algunos pretenden negar por completo su herencia católica-romana, al mismo tiempo, sin darse cuenta, han conservado todo un sistema de pensamiento y de práctica de ella. Por ejemplo, con respecto al ministerio, veremos que casi todo el sistema de ministerio de la Iglesia Católica Medieval ha sido conservado en las Iglesias Evangélicas, aunque, por supuesto, ha habido cambios importantes. Asimismo, todo el sistema de pensamiento con respecto al pecado y la salvación se explica en términos heredados de la Iglesia Medieval, tomados en gran parte de personajes como San Agustín y San Anselmo.

Por eso, en cada uno de los primeros ocho capítulos, consideraremos la herencia que hemos recibido de la Iglesia Católica Medieval después de considerar las ideas y prácticas de la Iglesia Primitiva. Luego, consideraremos también la herencia que hemos recibido de la Iglesia Luterana tradicional. Esto nos ayudará a entender el sistema de ministerio que actualmente se emplea en la Iglesia Luterana (y en otras iglesias, también), con sus virtudes y defectos.

Al hablar de la Iglesia Luterana, hay que notar también que hay diferencias muy importantes entre el luteranismo en Europa y el luteranismo en América. El luteranismo en Europa es más parecido al catolicismo romano, en muchos aspectos. El luteranismo en los Estados Unidos conserva muchos elementos de la Iglesia Luterana europea, pero ha cambiado mucho debido a la situación distinta en que se encuentra, y debido a influencias muy fuertes de las otras Iglesias Protestantes de los Estados Unidos. Y el luteranismo en América Latina se parece mucho al luteranismo norteamericano, ya que en muchos casos ha tenido nexos más íntimos con los luteranos norteamericanos. Sin embargo, entre comunidades de inmigrantes europeos el luteranismo se parece más al luteranismo europeo.

También notaremos brevemente en cada capítulo la forma de trabajar de algunos de los nuevos grupos religiosos, en particular los Testigos de Jehová, los Mormones, y los Pentecostales. Estos grupos están creciendo de una manera acelerada en todas partes del mundo. Trataremos de señalar algunas de las razones por su crecimiento tan rápido, y de ver las diferencias entre ellas y las iglesias más tradicionales. Podemos aprender mucho de estos grupos. Si no prestamos mucha atención a las otras Iglesias Evangélicas más tradicionales (Bautistas, Metodistas, Presbiterianos, Iglesias de Dios, Nazarenos, etc.), es porque estos grupos tienen características parecidas a los luteranos, o parecidas a los nuevos grupos religiosos. Sin embargo, sí mencionaremos brevemente a estas otras Iglesias Evangélicas cuando haya algún punto relevante para nuestro estudio.

La última parte de cada uno de los primeros ocho capítulos se llama “Conclusiones.” En esta parte, aplicaremos lo que hemos visto de la historia a nuestra realidad actual. Señalaremos ideas y prácticas que nos pueden ser de provecho en nuestras iglesias. En esta sección, trataremos de dar algunas soluciones posibles a los problemas que existen hoy en día en nuestras iglesias, y también entender mejor el porqué de esos problemas.

Finalmente, en el capítulo 9, ofreceremos algunas ideas sobre las formas en que podemos implementar los cambios mencionados en los primeros 8 capítulos. Veremos qué podemos hacer para renovar la iglesia y mejorarla.

Y para finalizar el estudio, se considera importante anotar por lo menos 10 puntos de aprendizaje para resumir lo que este estudio propone.

CAPÍTULO UNO

LA META

¿Qué es lo que pretende la Iglesia? Esta es la pregunta más importante de todas, porque todo lo demás depende de ella. Hay que establecer cuál es la meta, adónde queremos llegar. Sólo cuando se ha determinado esto, podemos comenzar a trabajar.

Si nuestra meta no es la correcta, todas las actividades estarán mal orientadas. Estaremos dedicando nuestros esfuerzos a una meta errónea. Por eso, es tan importante determinar con mucho cuidado cuál es la meta que tenemos para la Iglesia. ¿Cómo queremos que sea la Iglesia? ¿Cuáles son las características de la Iglesia ideal? ¿Cuál es la visión que tenemos para la Iglesia?

Los fines que persigue la Iglesia han cambiado mucho en los 20 siglos de su existencia. Vamos a considerar algunas de las metas que han existido en estos 20 siglos.

La Iglesia Primitiva

¿Cuáles eran las características de la iglesia ideal para los primeros cristianos?

El Nuevo Testamento tiene mucho que decir al respecto. Aquí hay algunos pasajes importantes:

1. Perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones... Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hechos 2:42, 44-47).

2. La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común (Hechos 4:32).

[Jesús dijo:] *Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos* (Marcos 10:43-45).

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros (Juan 13:34).

Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis. Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran. Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión. No paguéis a nadie mal por mal; procurad hacer lo bueno delante de todos los hombres (Romanos 12:10-17).

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros, si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales (Colosenses 3:12-16).

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2:9).

Estos sólo son algunos de los pasajes que podríamos citar que hablan de la “iglesia ideal” para los apóstoles. De estos pasajes, podemos concluir que la iglesia ideal tendría los siguientes elementos:

Ante todo, debe haber un sentido de COMUNIDAD. Todos viven unidos.

Todos se aman y se ayudan. Todos se conocen, y se reconocen como hermanos en el Señor. Están todos unidos por un mismo Dios, un mismo Señor Jesucristo, un mismo Espíritu Santo, un mismo bautismo (Efesios 4:1-6), por un solo pan y una sola copa (1 Corintios 10:16-17). Todos sienten pertenecer a una comunidad nueva y especial, algo diferente de lo que hay en el mundo. Tienen otros valores, otra forma de vivir y pensar. No son como “los del mundo.” Es un pueblo distinto y particular, como vemos en 1 Pedro 2:9. Es una pequeña comunidad selecta muy distinta a la comunidad general de los demás hombres. Y lo que la distingue es precisamente el amor fraternal y la hermandad que hay en ella.

Esto lo vemos en los pasajes que hemos citado. Todos comen juntos, oran juntos, adoran a Dios juntos. Se unen para ayudar a los necesitados. Tienen una vida nueva, una vida distinta, una vida especial, porque es una vida divina, la que han recibido de Dios. Por eso, todos son “de un solo corazón y una sola alma.” Todos comparten una sola vida.

Entonces, vemos claramente cuál era la meta de los primeros cristianos. Su meta era la de formar una nueva comunidad en la que reinaran el amor y la comunión, una comunidad nueva y especial. Podríamos llamar a esta comunidad “el cielo en la tierra,” ya que esta nueva comunidad no sería otra cosa que el reflejo de la comunión eterna que Dios quería formar.

El trabajo de la Iglesia consistía, entonces, en “salvar a los hombres.” Pero es importante entender en qué consistía la salvación para los antiguos. No era sólo un “ir al cielo al morir,” sino tenía que ver con el bienestar integral del hombre. “Ser salvo” significaba pertenecer a esta comunidad nueva y especial, y participar de la nueva realidad que se reflejaba en esa comunidad. Significaba formar parte del nuevo Reino de Dios. La salvación consistía en vivir en este “cielo en la tierra,” participando de la comunión celestial, del amor fraternal, de la misma vida divina compartida entre todos. El futuro había comenzado a irrumpir en el presente. Los cristianos creían participar ya de la comunión celestial (ver Efesios 2:6; Colosenses 3:1-3).

En fin, podemos definir la meta de la Iglesia Primitiva como la de FORMAR UNA NUEVA COMUNIDAD CON UNA NUEVA VIDA.

La Iglesia Católica Medieval

La situación cambió radicalmente durante la Edad Media. El cristianismo llegó a ser la religión de todos. Sociedades enteras eran llamadas “cristianas.” Por lo tanto, la Iglesia ya no era una comunidad especial o selecta, sino que abarcaba a todos los miembros de una sociedad. La Iglesia se hizo tan grande que se perdió el sentido de ser una comunidad selecta y especial.

Al mismo tiempo, el enfoque de la Iglesia cambió. Asumió un modelo político— con gobernantes y gobernados, autoridades y sujetos. La “Iglesia” consistía en la jerarquía. Se hablaba de la “madre iglesia.” Esto refleja algo muy importante: si la Iglesia es nuestra “madre,” entonces nosotros no somos la Iglesia. La gente común asume un papel pasivo. Son servidos por la Iglesia, o sea, por los sacerdotes y la jerarquía. Pero ya no son la Iglesia. Para el hombre común, la Iglesia ya no es “nosotros,” sino “ellos.”

Los acentos teológicos cambiaron. Lo importante ahora era ir al cielo al morir. Había que vivir unido a la Iglesia y obedecer a su jerarquía para ir al cielo. La salvación ahora se entendía sólo en términos de “ir al cielo” en lugar de ir al infierno. Y para hacer esto, había que quedar “libre de culpa,” con los pecados perdonados.

Por lo tanto, se desarrolló todo un sistema de pensamiento basado en las culpas y su remisión. Cada culpa merecía un castigo, pero uno podía ganar la remisión de sus culpas cumpliendo con penitencias y recibiendo los Sacramentos, en particular el bautismo, que quitaba la “culpa original,” y la Eucaristía. Para ir al cielo, había que ganar el perdón de los pecados, y ésta era la tarea principal de la Iglesia. La meta de la Iglesia, entonces, llegó a ser la de otorgarle a la gente el perdón de los pecados y de su culpa, a través de los Sacramentos y la penitencia, para que la gente pudiera ir al cielo. En términos sencillos, la Iglesia sólo tenía el fin de servir del medio por el cual la gente pudiera llegar al cielo. Lo que se pretendía era ofrecerle a la gente un camino al cielo, a través de la Iglesia.

La iglesia ideal, en este contexto, es una iglesia en la que todos se someten a las autoridades eclesiásticas, obedeciendo los mandamientos de la Iglesia, asistiendo fielmente a misa, haciendo penitencia, en fin, haciendo todo lo que los sacerdotes mandaban. Lo importante es la sumisión y la obediencia a la iglesia, para poder ir al cielo. Como todos son cristianos, la iglesia ideal sería una iglesia en la que todos los miembros de una comunidad asistan fielmente a misa, participen de los Sacramentos, y obedezcan los mandamientos de la Iglesia con Respeto a la moralidad y las prácticas religiosas.

Hasta la fecha, vemos todavía esta misma mentalidad en la Iglesia Católica, y poco ha cambiado en este respecto, hasta en años recientes.

La Iglesia Luterana

Al comienzo de la Reforma, tenemos a Lutero luchando con la pregunta: ¿Cómo podré llegar al cielo, siendo tan pecador? Aunque Lutero ofreció una respuesta a esa pregunta distinta a la

respuesta católica, lo importante es la pregunta: todavía se está pensando en términos de “cómo llegar al cielo.” En este respecto, nada ha cambiado de la Iglesia Medieval. La meta todavía es la misma: quedar libre de culpa, para poder llegar al cielo. Lo novedoso es que ahora se afirma que el hombre llega al cielo, no por obras, ni por la intervención de la iglesia y sus autoridades, sino por su fe personal. Lo importante ahora es su fe.

Esta misma mentalidad es la que ha predominado en todas las iglesias evangélicas a través de los siglos. La meta es ofrecer un camino para poder llegar al cielo al morir, y este camino, ante todo, es la fe en Cristo.

Una iglesia ideal para las iglesias evangélicas, entonces, sería una iglesia en la que todos los miembros creerían en Cristo y en la Biblia, y asistirían fielmente a la iglesia para nutrir y fortalecer su fe personal en Cristo. Al mismo tiempo, el fruto de esa fe sería la vida santificada, la cual es entendida principalmente en términos de obedecer los mandamientos de Dios y abstenerse de ciertas cosas (o sea, más que hacer ciertas cosas, es abstenerse de ciertas cosas).

La Iglesia, entonces, tiene ante todo la meta de predicar la Palabra de Dios, para que la gente la pueda oír y creer, y así tener sus pecados perdonados (ser “justificados”) y llegar al cielo. Esta misma idea se encuentra en casi todas las Iglesias Protestantes.

Los nuevos grupos religiosos

Aunque es difícil catalogar a los nuevos grupos religiosos, como los Testigos de Jehová, los ¡Hormones, y los Pentecostales, ya que varían bastante entre sí, hay ciertas características que podemos notar de todos ellos.

En primer lugar, encontramos en estos grupos nuevamente la idea de ser un grupo especial y selecto, distinto del mundo que los rodea. Hay un rechazo hacia el mundo a su alrededor. Los Testigos no saludan a la bandera, no van a funerales, etc. Los Mormones y los Pentecostales también rechazan el mundo como algo lleno de pecado del cual hay que apartarse. Tal vez la diferencia entre los primeros cristianos y estos grupos es que los primeros cristianos enfatizaban más el amor, en particular el amor hacia los enemigos, algo que ha faltado mucho entre esos grupos. En particular, estos nuevos grupos desprecian a la Iglesia tradicional como algo casi satánico.

Al mismo tiempo, estos grupos también tienden a ver como su principal meta la “salvación de almas” de la perdición. En esto siguen la tradición católica y protestante. El hombre, para ser salvo y poder ir al cielo, tiene que hallar gracia ante Dios. Sin embargo, estos grupos hablan mucho más de la salvación como algo realizada por nuestras propias obras, por obedecer las leyes de Dios, y por hacer lo que Dios manda. Por lo general, son muy legalistas.

La meta de la Iglesia para estos grupos, entonces, es también la de ofrecerle al hombre un camino al cielo. Al mismo tiempo, hay un sentido muy fuerte de comunidad, de ser un pueblo especial, distinto al mundo. Una iglesia ideal, para estos grupos, sería una iglesia con mucha gente, donde todos obedecen los mandamientos de Dios (los cuales varían de un grupo a otro).

Conclusiones

No cabe duda de que la visión que tenía la Iglesia Primitiva es la visión más sana y completa. Se ha perdido hoy en día la idea de ser una comunidad, en la que todos viven unidos, todos se conocen, todos se aman, todos se preocupan unos por otros, todos oran juntos, todos se dedican al servicio de su prójimo, en fin, donde todos son de un solo corazón y una sola alma.

Al mismo tiempo, tenemos que admitir que esta meta es imposible de realizar cuando se deja que cualquiera entre a formar parte de la Iglesia. Cuando hay iglesias grandes, donde la gente no se conoce, este ideal es casi imposible de realizar. Igualmente, si la iglesia acepta a cualquiera como miembro suyo, sólo por ser bautizado, aunque éste no participe en la iglesia, nunca será una verdadera comunidad de personas “con un solo corazón y una sola alma.” Es posible que haya grupos así dentro de la Iglesia; pero la Iglesia entera no será eso. Tenemos que admitir también que la meta de sólo ofrecerle a la gente un camino al cielo es totalmente inadecuada. La Iglesia no sólo tiene que ver con el otro mundo, sino también con éste. La salvación tiene que ver con el hombre integral, y no sólo con el alma. “Salvación” tiene que ver con “salud.” Significa tener salud o bienestar en todos los aspectos de la vida, no sólo como individuo, sino como comunidad. Esta debe ser la meta de la Iglesia.

Si nuestra meta va a ser la de los primeros cristianos, de formar una comunidad nueva y especial, con personas que vivan una vida nueva, entregadas al amor y a la comunión, tenemos que reconocer que la mayoría de la gente no podrá formar parte de esta comunidad, pues la mayoría no quiere hacer los sacrificios necesarios para vivir en amor y comunión. La vida cristiana no es fácil. No es cuestión de sólo ser bautizado y asistir a la iglesia de vez en cuando.

Sin embargo, miembros de las iglesias tradicionales no se atreven a excluir de su comunión a los que no practican su fe, algo que los primeros cristianos no tenían miedo de hacer. De hecho, cuando un sacerdote tiene que atender a miles de feligreses, ni puede conocer a todos, ni mucho menos averiguar qué tipo de vida llevan.

Por lo tanto, hay dos opciones posibles: una es la de tener requisitos estrictos para ser miembro de la iglesia, pero tener menos miembros. Esta es la opción que escogieron los primeros cristianos, que no admitían a cualquiera, y también la que han escogido los nuevos grupos religiosos. Cuando esto ocurre, las comunidades son más “puras,” y están unidas. Así hay un sentido de comunidad, de entrega, y de pertenecer a una comunidad especial y selecta. Una iglesia así forzosamente será más fuerte, con miembros entregados y activos.

La otra opción es la de dejar que cualquiera sea miembro de la iglesia. Así se puede tener mucha más gente, pero la iglesia estará llena de cristianos tibios y fríos en su fe, y no habrá el mismo espíritu de comunidad y comunión. Es interesante que los grupos como los Testigos de Jehová, los Mormones, y los Pentecostales están creciendo mucho, y que su gente es gente muy entregada y casi “fanática.” Para ser miembro de uno de esos grupos, casi se exige ese tipo de entrega o fanatismo. En realidad, los números de estos grupos no se comparan con el número de católicos en el mundo, o en México, por ejemplo; pero estos grupos tienen gente mucho más entregada, y por eso asustan a la Iglesia Católica y a otras.

Los primeros cristianos sí tenían ese mismo fervor o “fanatismo,” si queremos llamarlo así. Pero era un fervor bien dirigido. Era el fervor por ayudar al prójimo, por hacer bien a los demás, por compartir y por amar. Este es el tipo de “fanatismo” que quisiéramos tener en la Iglesia, no el fanatismo lleno de odio hacia los demás.

Al mismo tiempo, el ser exigente no es suficiente para crecer. La Iglesia Luterana a veces en el pasado ha insistido en requisitos muy altos para hacerse miembro, exigiendo un alto nivel de catequización. Aunque tanto los luteranos como los Testigos y los Mormones han buscado “calidad” en sus miembros, la diferencia es que una de las características esenciales para ser Testigo de Jehová o Mormón es que uno salga a evangelizar; ésa es la “calidad” que esos grupos buscan, mientras los luteranos no.

¿Cuál debe ser nuestra meta en la iglesia? ¿Cuál es la iglesia ideal: la que sólo tiene mucha gente, con una mayoría de muy poca convicción y fervor, o la que tiene menos gente, pero con todos sus miembros entregados y activos en su vida cristiana? Probablemente, habría que contestar: la segunda es la iglesia ideal.

La iglesia ideal, entonces, sería una en la que todos estén unidos en una comunidad llena de amor, y en la que todos participen activamente en esa comunión de amor. Esa debe ser la meta de nuestra iglesia—no la de sólo querer salvar almas. En realidad, la salvación consiste precisamente en vivir como miembro de esa comunidad de amor, la cual es eterna. El cielo no es otra cosa que esa “comunión de los santos,” la cual comienza desde aquí cuando los cristianos viven íntimamente unidos en amor.

Si queremos formar comunidades así, tendremos que insistir en que todos participen plenamente en esa comunidad. Tendremos que insistir en el amor fraternal, en el servicio a los demás, en la oración en comunidad y en la entrega total de cada miembro a Dios y a los demás. Y tendremos que insistir en que los que se nieguen a vivir de esta manera no podrán ser miembros de la iglesia. Porque si se admite a cualquiera, aunque no viva de esa manera, jamás podrá ser una verdadera comunión de amor. No podrán estar unidos todos. Desgraciadamente, las iglesias tradicionales no se atreven a insistir en este tipo de comunidad especial. Por eso, no pueden ser comunidades en las que todos sus miembros vivan unidos en amor; siempre tendrán muchos miembros que no participen de la comunión, y no habrá comunión como debe de haber. Igualmente, los nuevos grupos religiosos tampoco serán comunidades así, porque no tienen el amor como centro de su vida, y su doctrina falsa no permite que el amor reine plenamente en las comunidades.

CAPÍTULO DOS

LOS MEDIOS

Una vez que se ha determinado cuál es la meta de la Iglesia, se determinan 1 los medios que permitirán alcanzar la meta. Hay que ver cuál es la forma de lograr las metas fijadas.

Es importante recordar que hemos notado que la Iglesia en los distintos momentos de su historia ha, tenido metas distintas. Por eso, si los diferentes cristianos no estaban de acuerdo en las metas que pretendían alcanzar, mucho menos estarán de acuerdo en los medios necesarios para llegar a su meta. En realidad, todos los siguientes capítulos tendrán que ver con los medios que la Iglesia ha empleado en distintos momentos de su historia. Sin embargo, aquí deseamos destacar principalmente el uso de los Sacramentos y la predicación de la Palabra como medios para alcanzar las metas. En otras palabras, ¿cómo motiva la Iglesia a la gente para que se realicen las metas? Esa es la pregunta que trataremos de contestar.

La Iglesia Primitiva

Al considerar la Iglesia Primitiva, lo que notamos es que la Palabra y los Sacramentos son inseparables. Podríamos decir que la Palabra servía para hacer eficaces a los Sacramentos, y los Sacramentos le daban sentido a la Palabra. Para los primeros cristianos, la idea central era la de estar “en Cristo.” Esto es muy claro del Nuevo Testamento, donde ocurre esa frase decenas de veces. Uno llegaba a estar “en Cristo” por su bautismo, y luego preservaba su “vida en Cristo” a través de la participación en la Eucaristía.

Es sumamente importante notar del Nuevo Testamento que el sentido de comunidad era principalmente fruto de la teología sacramental. Los cristianos son uno porque han sido bautizados en un solo cuerpo (1 Corintios 12:13; Efesios 4:4-5, y otros). Son uno porque participan de un mismo pan y una sola copa (1 Corintios 10:16-17 y 10:1-4). El bautismo y la Eucaristía hacían de los cristianos una comunidad, porque esos dos Sacramentos los unían realmente a su Señor, y los unía entre sí. Por eso, tanto en el Nuevo Testamento como en los escritos cristianos primitivos, vemos un fuerte énfasis en los Sacramentos y su significado.

Pero no sólo enfatizaban los Sacramentos, sino también el doble aspecto de los Sacramentos—el aspecto vertical y el aspecto horizontal. De hecho, el Nuevo Testamento habla mucho de los dos, y no sólo del aspecto vertical. La idea de “comunidad” que era central en la Iglesia Primitiva tiene que ver particularmente con el aspecto horizontal, aunque éste no puede desligarse del aspecto vertical. Cuando se deja de enfatizar este aspecto horizontal, como veremos más adelante, se pierde el sentido de comunidad. Los Sacramentos servían como un vínculo, una fuerza de unión entre los cristianos.

Una prueba de la importancia de los Sacramentos en la Iglesia Primitiva es el hecho de que en la Iglesia Medieval, los Sacramentos llegaron a tomar un papel de demasiada importancia. Lo importante era participar en los Sacramentos para ser salvo, como si fueran actos mágicos. Aunque de ninguna manera queremos ir a ese extremo, el hecho de que los Sacramentos, y en particular la Eucaristía, llegaron a ser de tanta importancia en la era medieval nos demuestra que eran de gran importancia para la Iglesia Primitiva; pues si no hubieran sido importantes para los primeros cristianos, nunca hubieran sido tan importantes para los cristianos de la Edad Media.

Al mismo tiempo, la predicación de la Palabra era de mucha importancia. Los Sacramentos creaban una nueva realidad, introduciendo al individuo “en Cristo”; y la Palabra enseñaba cómo vivir en esa nueva realidad. La Palabra era de suma importancia, porque le decía al cristiano cómo vivir en comunidad, cómo amar a los demás, cómo comportarse, en fin, cómo vivir la nueva vida. En fin, tanto los Sacramentos como la predicación de la Palabra eran esenciales. Se complementaban entre sí. La Palabra le daba sentido a los Sacramentos, y los Sacramentos le daban sentido a la Palabra. Sin la Palabra, los Sacramentos no tienen sentido, porque son ritos sin explicación; y sin los Sacramentos, la Palabra no tiene sentido, porque sólo por medio de los Sacramentos se realiza nuestra incorporación a Cristo, nuestra unión con él y con los demás cristianos.

La Iglesia Católica Medieval

En la época de la Iglesia Medieval, vemos que los Sacramentos asumen un papel de suma importancia. Tanto es el énfasis en los Sacramentos que la predicación de la Palabra pierde importancia.

Hemos visto que lo importante en la Iglesia Medieval era obtener el perdón de los pecados, o recibir la remisión de la culpa. Esto se efectuaba a través de los Sacramentos. El bautismo se entendía casi exclusivamente en términos de recibir el perdón del pecado original (o “culpa original”). El Sacramento de la penitencia asumió un papel muy importante, pues tenía que ver con el perdón de los pecados actuales. La misa, las peregrinaciones, los ayunos, las reliquias, y otras prácticas se entendían casi como actos mágicos, que “*ex opera operato*” conferían el perdón de las culpas. La gente participaba en todo esto creyendo que por el solo acto de cumplir con todos estos ritos alcanzaba el perdón de sus pecados. Y si creían eso, es porque eso es lo que aprendían de las autoridades eclesiásticas.

En este sistema de pensamiento, la predicación de la Palabra perdía importancia. Lo importante no era tanto escuchar y obedecer la Palabra, sino cumplir con los mandamientos de la Iglesia. Muchas veces ni se predicaba un sermón en la misa. La predicación de la Palabra era de poca importancia; lo importante ha sido participar en los Sacramentos. Uno gana el perdón, no a través de la Palabra, sino a través de los Sacramentos. Por eso, la Palabra es de menos importancia, porque no contribuye a la remisión de culpas.

Debemos notar también que el aspecto vertical de los Sacramentos (la relación entre el creyente y Dios) llegó a predominar casi exclusivamente en el significado de los Sacramentos; casi no se mencionaba el aspecto horizontal (la relación entre el creyente y los demás creyentes). Lo que ocurría en el bautismo, la Eucaristía, la penitencia, y otros actos religiosos era un asunto entre Dios y el creyente. Finalmente, debemos también notar que la Iglesia es indispensable para la salvación, según este esquema; porque sólo la Iglesia puede ofrecer el perdón. Sólo el papa y las autoridades tienen el poder de otorgar el perdón de los pecados a través de los Sacramentos, las indulgencias, etc. Por eso, la Iglesia es indispensable para la salvación, según este sistema de pensamiento.

La Iglesia Luterana

La Reforma Protestante fue una reacción en contra de ese tipo de pensamiento. Lutero y los otros Reformadores volvieron a poner énfasis en la Palabra. A través de la Palabra Dios nos comunica el perdón de los pecados, y no a través de ritos “*ex opera operato*.” Uno se salva, no por recibir Sacramentos, sino por creer en la Palabra que Dios nos ha dado.

Aunque Lutero seguía dándoles importancia a los Sacramentos, otros reformadores les restaron importancia. Ahora lo que importaba era la fe, y no los Sacramentos. Se fue al otro extremo—mientras en la Iglesia Católica los Sacramentos eran indispensables para la salvación, y la Palabra tenía poco que ver con la salvación, ahora en las Iglesias Protestantes, la Palabra era lo esencial para la salvación, y los Sacramentos carecían de importancia. Este concepto todavía predomina en las Iglesias Protestantes, donde los Sacramentos reciben muy poco énfasis.

El papel de la Iglesia también cambia. La Iglesia ya no tiene confió su fin el de ofrecer la salvación a través de los Sacramentos, sino de predicar la Palabra de Dios a la gente. Para esto existe el “pastor,” que ahora es un “predicador,” y ya no es un sacerdote; el “predicador” predica, mientras el sacerdote cumple con ritos.

De esta manera, la Iglesia ya no es indispensable para la salvación. Uno sólo tiene que “creer en la Palabra de Dios” para ser salvo. Y para creer, no es necesaria la Iglesia. Pertenecer a la Iglesia no es necesario para recibir el perdón de los pecados, sino sólo creer. Cualquiera que lea su Biblia puede creer, y así ser salvo; ya no necesita de la Iglesia.

Finalmente, debemos notar que aun cuando se practican los Sacramentos, siguen teniendo sólo un significado vertical; se enfatiza la relación entre el creyente y Dios, y no entre el creyente y los demás creyentes.

Con respecto a la Iglesia Luterana, es la Iglesia Protestante que más importancia da a los Sacramentos (junto con la Iglesia Anglicana, que no siempre se define como “Protestante”). Al mismo tiempo, según su teología no ocurre nada en los Sacramentos que no ocurra a través de la Palabra; por eso, los Sacramentos no son indispensables para la salvación, pero la Palabra sí es indispensable. Uno puede creer y ser salvo sin Sacramentos; pero no puede creer y ser salvo sin la Palabra.

Los nuevos grupos religiosos

Por lo general, los nuevos grupos religiosos siguen la línea protestante, dándoles muy poca importancia a los Sacramentos; de hecho, rechazan por completo el concepto de “Sacramento,” por lo general. Lo importante es la Palabra, y no los Sacramentos. Los Sacramentos de Bautismo y Santa Cena deben llevarse a cabo porque Dios lo exige, pero no tienen casi ningún significado para nuestra vida diaria cotidiana.

Más bien, lo importante es la enseñanza. Entre los Testigos de Jehová y los Mormones, lo importante es creer en la doctrina de la Iglesia. Esto es lo que gana el perdón de los pecados de Dios. Entre Pentecostales y otros, la “santidad” es lo importante. Hay mucho legalismo en estos grupos, y uno tiene que seguir todas las leyes para obtener el perdón de Dios y ser salvo.

Conclusiones

No cabe duda de que en muchos aspectos ha habido un empobrecimiento de pensamiento con respecto a la Palabra y los Sacramentos desde los días de la Iglesia Primitiva. En la Iglesia Primitiva, hallamos un equilibrio muy sano con respecto a la Palabra y los Sacramentos. Las dos cosas son importantes, y cada cosa tiene su función y su significado especial. La Reforma Protestante hizo bien en rechazar el concepto casi mágico de los Sacramentos como agentes de salvación, pero ha caído en el otro extremo de restarles importancia y significado a los Sacramentos.

Si queremos realmente formar comunidades especiales llenas de amor y unión, tenemos que volver a poner los Sacramentos en su lugar central, y al mismo tiempo tener la Palabra en su lugar central. Tanto los Sacramentos como la Palabra de Dios son esenciales para la salvación. Los Sacramentos son esenciales, porque sin ellos no hay verdadera unión con el Cristo resucitado, lo cual es necesario para ser salvos. La Palabra es necesaria porque sin fe, no es posible vivir unidos a Cristo. Se necesitan de las dos cosas.

No es suficiente sólo volver a darles importancia a los Sacramentos en las Iglesias Protestantes. Tanto en las Iglesias Protestantes como en la Iglesia Católica hay que devolverles a los Sacramentos su significado primitivo: los Sacramentos sirven no sólo para unirnos a Cristo, sino al mismo tiempo para unirnos unos a otros. Esta unión entre todos los cristianos es de suma importancia. Tenemos que enfatizar la forma en que los Sacramentos nos hacen comunidad, haciendo resaltar su aspecto horizontal. Por eso, el contenido de la Palabra que predicamos tiene que cambiar. La Palabra tiene que darles significado a los Sacramentos. Tiene que relacionarse con todo lo demás que hace la Iglesia, y no tomarse como algo aislado.

Al mismo tiempo, el concepto de la Iglesia que predomina en las Iglesias Protestantes es deficiente. Ser cristiano no es sólo creer en algo; es vivir como miembro de una nueva comunidad. La salvación consiste en participar de este nuevo reino de Dios, esta comunidad especial. Si uno no participa en esta nueva comunidad, que es la Iglesia, no está salvo, porque está fuera de la comunión de los santos con Dios. Está separado del cuerpo de Cristo, y el que está separado del cuerpo de Cristo está separado de Cristo mismo. Uno no puede estar unido a Cristo sin estar unido a su cuerpo; y uno no puede ser salvo si no está unido a Cristo.

Por lo tanto, tenemos que enfatizar que la Iglesia sí es necesaria para la salvación, y que no hay salvación fuera de la Iglesia, como decían antiguamente (aunque con esto no nos referimos a la Iglesia Católica Romana, sino a la Iglesia universal). Ser salvo significa ser miembro del pueblo de Dios, porque el deseo de Dios no es de salvar a individuos aislados, sino de formar una nueva comunidad que viva en íntima comunión con él eternamente. Quiere comunión con todos, y no con individuos aislados.

En fin, hay que darles importancia a los Sacramentos, y no sólo a la Palabra, para enfatizar que todos somos uno, que estamos unidos en un solo cuerpo, el de Jesucristo, y que este cuerpo es la Iglesia, la comunión de los creyentes. Sin esto, jamás se podrá lograr la meta de crear comunidades cristianas fundadas en el amor.

CAPÍTULO TRES

LOS DIRIGENTES DE LA IGLESIA

Uno de los aspectos más importantes del ministerio de la Iglesia es la actividad de los dirigentes. Los dirigentes, llámense pastores, sacerdotes, obispos, etc., son los que influyen fuertemente en el manejo de la iglesia, en el desarrollo de la mentalidad de los miembros de la comunidad, y en todos los aspectos de la vida en la Iglesia. Podemos decir que la Iglesia sigue el camino que sus dirigentes indican, porque éstos son la autoridad, el cerebro, y la conciencia de la Iglesia.

En esta sección, deseamos notar tres aspectos acerca de los dirigentes de la Iglesia en los diversos momentos de su historia: primero, quiénes son. Segundo, qué hacen. Y tercero, cómo son preparados para asumir sus cargos. También es necesario aclarar que aquí no queremos hablar de los dirigentes más altos en la Iglesia, (como el papa, los arzobispos, los obispos, etc.), sino de los dirigentes en las comunidades, como son los pastores, los sacerdotes, etc., a nivel local.

La Iglesia Primitiva

¿Quiénes son los dirigentes en la Iglesia Primitiva? Por supuesto, primero « están los apóstoles; pero había pocos de éstos, y pronto murieron casi todos. En el Nuevo Testamento, tenemos muchas indicaciones de quiénes participaban en el ministerio de la Iglesia. Lo que nos sorprende es la diversidad: tenemos profetas, maestros, los que sanan, los que ayudan, los que administran y los que tienen el don de lenguas, según 1 Corintios 12:28. Hay también evangelistas y pastores, según Efesios 4:11. Hay obispos, que en ese tiempo eran como pastores, pues se encargaban de una sola comunidad, y no muchas (1 Timoteo 3:1). Hay diáconos y también diaconisas, según 1 Timoteo 3:8, 11. Hay ancianos, o sea, presbíteros, que aparentemente era lo mismo que el obispo (Tito 1:5-7). En Hechos, leemos de unos que se dedican al ministerio social (6:1-6). Pablo habla con los presbíteros, o ancianos, de la Iglesia de Éfeso (Hechos 20:17, 28), lo que da a entender que había más de uno en la Iglesia de Éfeso.

Lo que es también interesante es que aparentemente las mujeres eran muy activas. Se dedicaban a la obra social (Hechos 9:36), pero también tenían algunos papeles de liderazgo. Hay “ancianos,” o “presbíteros” según Tito 2:3, aunque no es claro si se refiere a un puesto en la Iglesia, o a la edad. Pero sí hay diaconisas, como vemos en 1 Timoteo 3:11 y como se ve en Romanos 16:1. Y cuando San Pablo se puso a saludar a la gente que conocía en Roma, menciona a varias mujeres, aparte de la diaconisa Febe: a Priscila, a María, a Trifena y a Trifosa, diciendo de cada una que “ha trabajado mucho en el Señor.”

Aquí no deseamos entrar en la cuestión del gobierno de la Iglesia, sino únicamente queremos notar la gran diversidad. No hay un dirigente encargado de toda la obra de ministerio en la Iglesia Primitiva. Todos tienen dones, como San Pablo enseña claramente, y por lo tanto, todos deben trabajar en el ministerio de la Iglesia. Los profetas, pastores, y maestros tienen la función de capacitar a los demás para que éstos hagan la obra de ministerio, según Efesios 4:12. Por lo tanto, el ministerio era algo hecho por hombres y mujeres, por jóvenes y ancianos. Unos se dedicaban a la enseñanza, otros al servicio de los pobres, otros a la administración de la iglesia (manejo de finanzas, etc.), otros a la evangelización, otros a cuidar de los enfermos, otros a abrir misiones en lugares lejanos, otros a la predicación, otros a officiar en las reuniones eucarísticas,

etc. Es verdad que parece que había un “supervisor,” esto es, “obispo” (la palabra “obispo” significa sencillamente “supervisor”), que se encargaba de supervisar el trabajo. Pero este supervisor no hacía todo el ministerio, sino que sólo supervisaba el trabajo de los demás.

También es bastante claro que la mayoría de estas personas no se dedicaban a estas cosas como profesión única. Parece que el obispo era de tiempo completo, y tal vez los diáconos a veces; todo dependía de las necesidades particulares de cada iglesia. Pero muchos se dedicaban a estos ministerios a pesar de tener otro trabajo secular para sostenerse.

Otro punto muy importante es que, según lo que dice San Pablo en 1 Corintios 12, TODOS tenían alguna función como las que hemos mencionado. Nadie era un laico sencillo sin trabajo que hacer. Los dones son para todos los cristianos, y cada uno tiene algún trabajo particular que debe llevar a cabo en la Iglesia.

¿Quiénes eran todos estos obreros?

Eran simplemente personas de la comunidad. Por lo menos en el principio, los obispos, los presbíteros, los diáconos y los demás salían de su misma comunidad. Inclusive, se ve claramente en 1 Timoteo 3:10, que los sometían a prueba primero, para ver si ejercían bien el diaconado. No eran personas de otras comunidades que llegaban a encargarse de una comunidad, sino de una misma comunidad salían los dirigentes y líderes. La misma comunidad, que conocía a sus miembros, designaba a los más capacitados para los puestos importantes.

Finalmente, hay que notar que en este tiempo, todavía no había seminarios ni escuelas bíblicas. Los dirigentes de la Iglesia capacitaban a los nuevos dirigentes, en el aspecto práctico y en el aspecto teológico. Según Efesios 4:12, los dirigentes capacitaban a los demás en una comunidad determinada. No los enviaban a otro lugar para aprender, sino que aprendían a ejercer su papel en el ministerio de la Iglesia bajo la supervisión de los mismos dirigentes locales.

La Iglesia Católica Medieval

Todo esto comenzó a cambiar en la Iglesia Medieval, y para fines de la Edad Media, la transformación es completa. Lo que pasa es que el presbítero de la comunidad (antiguamente el obispo) iba acaparando poco a poco casi todas las funciones del ministerio. Ahora, el presbítero local (o sacerdote) es el que enseña, predica, preside sobre la Eucaristía, se encarga de la “profecía,” administra los bienes de la Iglesia, visita a los enfermos, evangeliza, etc. El obispo, o supervisor, que antes tenía la responsabilidad de ver que todos los miembros ejercieran su papel en el ministerio, ahora se encarga principalmente de la supervisión de los presbíteros, ya que éstos son los que hacen el trabajo de ministerio.

Entonces, en una comunidad, todo el poder y la autoridad se centra en un solo individuo. Al mismo tiempo, el concepto de “ministerio” cambia radicalmente. Antes, el ministerio era algo que los miembros de la Iglesia hacían; ahora, el ministerio es ante todo algo que los miembros reciben. El único que hace ministerio es el presbítero o sacerdote, por lo general; los demás son objeto de ese ministerio. Antes todos tomaban un papel activo; ahora asumen un papel pasivo. Se entiende el trabajo del presbítero ante todo como el de atender a la gente.

Entonces, se inventa el “especialista,” que es el ministro. La gente ahora se convierte en “laicos.” Jamás había tal distinción en la Iglesia Primitiva, pues todos eran ministros. Pero ahora sólo algunos individuos especiales son los ministros, y el resto de la gente toma un papel totalmente pasivo, siendo objeto del ministerio ejercido por el sacerdote. Jamás se le permite a un laico hacer cosas como administrar los Sacramentos, por ejemplo. ¡Ni hay que dejar que los laicos toquen los elementos consagrados! Los laicos son cristianos comunes y corrientes, cristianos de segunda clase, mientras el clero consiste en los cristianos realmente santificados, los que tienen que mediar entre Dios y esa gran masa que está tan lejos de Dios por no ser tan santos como el clero.

El clero ahora se convierte en el “padre” de la gente. Hasta se les llaman “Padres.” Esto no es otra cosa que el paternalismo, pues la gente necesita de un “padre” que los cuide y alimente, porque ellos no son capaces de hacer esto por sí mismos. La gente común ya no puede llegar a Dios; sólo se pueden acercar a Dios por la intervención del padre, que es más santo que ellos y que está más cerca de Dios.

Notemos dos cambios más: en primer lugar, muchas veces los ministros no son de la comunidad que sirven. Vienen de otra comunidad o pueblo. Y también son entrenados ahora en un seminario o universidad (excepto en el caso de los sacerdotes rurales, que recibían muy poca instrucción). Ya no son entrenados por su obispo local, sino que tienen que asistir a una escuela.

Esto significa que para la gente, los cleros ya no son “uno de nosotros.” Son una raza aparte, personas en otro nivel. Tienen poderes que otros no tienen (los Sacramentos); tienen mucho conocimiento. No son del pueblo común y corriente.

Finalmente, debemos notar que el ministerio se cierra a la gente común. El sacerdote tiene que ser célibe; un hombre casado queda excluido del ministerio (por esta razón también, ya no son personas “normales” los sacerdotes). Asimismo, si una mujer decide dedicarse a Dios y a los demás, tiene que hacerse monja; no puede ser casada ni tener hijos. Para servir a Dios, hay que ser un especialista ahora. Un hombre común y corriente, casado y con una familia, no puede tener parte en el ministerio de la Iglesia. Tampoco puede participar una mujer común y corriente. El ministerio es sólo para unos pocos.

La Iglesia Luterana

Uno de los puntos más enfatizados por Lutero era el sacerdocio de todos los fieles. Sin embargo, parece que esto nunca se hizo realidad en la Iglesia Luterana, como tampoco en la mayoría de las Iglesias Protestantes. Al contrario, se seguía empleando el mismo sistema romano.

Generalmente, a los pastores luteranos se les ha enseñado a ser “hombres orquesta.” Tenían que hacerlo todo. Inclusive, se enseña que el pastor hace el ministerio “en lugar de” los miembros de la congregación, y que la congregación delega su trabajo ministerial al pastor. El pastor es maestro, predicador, administrador de los bienes, oficiante, catequista, y es el que tiene que visitar a los enfermos, encargarse de las obras de servicio, etc. En algunas iglesias, también tiene que servir de conserje, barriendo el templo y cortando el pasto. Su trabajo es de atender a la gente. El pastor es como un mesero, corriendo de un lado a otro para darle a la gente lo que quiere en el ámbito espiritual.

En la Iglesia Luterana, se ha conservado la división clero/laico. El pastor es el único que puede hacer cosas como predicar, oficiar, administrar los Sacramentos, etc. No puede ni debe hacer estas cosas un laico—sólo en el caso de una emergencia muy seria puede predicar, oficiar, o bautizar; pero nunca puede consagrar la Eucaristía. Si tiene que faltar, a veces mejor se cierra la Iglesia, si no hay otro pastor ordenado que lo sustituya. Se insiste en un alto nivel de preparación del pastor luterano. Tiene que asistir a un seminario o escuela bíblica. Por eso, sólo él puede ejercer el ministerio, por ser el único que ha recibido capacitación especial para hacerlo. Si no recibe ese alto grado de capacitación, no puede ser considerado como un “pastor.” Si alguno está haciendo el trabajo de pastor, pero no tiene esa capacitación de un seminario, se le considera como un pastor de segunda clase, y se le llama “pastor laico” o algo por el estilo para distinguirlo del “verdadero pastor.” Los pastores tampoco sirven a sus comunidades de origen, por lo general, sino que son enviados a otras comunidades, después de estudiar en un seminario. Por eso, no son “uno de nosotros.”

La mayoría de las Iglesias Evangélicas, aunque critican severamente a la Iglesia Católica, han seguido su mismo modelo de ministerio. Tienen pastores ordenados, conservan la distinción entre clero y laico, sólo permiten que un pastor ordenado predique y administre los Sacramentos (se le da una “licencia para predicar,” sin la cual no puede predicar). Un solo hombre conserva la autoridad. Esto no es verdad en todas las Iglesias Evangélicas, pero por lo menos sigue habiendo esa misma tendencia.

Los nuevos grupos religiosos

Una de las características de los nuevos grupos religiosos es que generalmente no hay esa figura de autoridad que domina todo, como el sacerdote o pastor. Sí existe en muchas Iglesias Pentecostales, pero no existe entre los Mormones y entre los Testigos de Jehová. En esos grupos, el ministerio es algo que todos hacen. Entre los Mormones, todos los hombres tienen que trabajar de misioneros. Entre los Testigos, todos tienen que tocar puertas y vender literatura. Aunque hay dirigentes, éstos hacen lo que hacían los obispos, o “supervisores,” en la Iglesia Primitiva: supervisan el trabajo de otros. Por lo tanto, en estos grupos, hallamos un modelo de “ministerio” más parecido al modelo de la Iglesia Primitiva; todos tienen algo que hacer.

Notemos también que la capacitación que reciben generalmente es a nivel local. No tiene seminarios, aunque sí tienen escuelas, pero no todos van a estas escuelas; la mayoría sólo recibe alguna capacitación a nivel local. En el caso de los Pentecostales, muchas veces los líderes salen de la misma comunidad, y sirven a su propia gente. En todos estos casos, los “ministros” son “uno de nosotros,” gente común y corriente, que tiene el mismo nivel de vida que los miembros, y más o menos el mismo nivel de educación.

La diferencia, por supuesto, es que mucho de lo que hacen estos grupos difícilmente podría llamarse “ministerio.” No hay una diversidad de ministerios, como ministerio social, ayuda a los necesitados, obras de caridad, etc. Todos trabajan casi exclusivamente en la “evangelización” o “proselitismo.”

Conclusiones

Hay algunas cosas muy importantes que podemos aprender de todo esto. El modelo primitivo es un modelo propio para una comunidad especial, una comunidad que lleva a cabo el trabajo de ministerio. El modelo católico/luterano es un modelo propio para “atender” a comunidades grandes y pueblos enteros. Por lo tanto, si queremos volver al concepto de una comunidad especial, dedicada al amor y al servicio de los demás, debemos volver al modelo primitivo. Si sólo queremos “atender” a gente, podemos seguir el modelo católico/luterano. Una de las cosas que debe desaparecer es la distinción tan fuerte entre clero y laico. La idea de que los sacerdotes y pastores son más santos o cristianos de primera clase, mientras los demás son de segunda clase, no es correcta.

La verdad es que todo el sistema católico/luterano es un sistema muy paternalista (con el “padre” en la Iglesia Católica, y el “pastor” de los borreguitos indefensos y mansos en las Iglesias Protestantes). Este sistema es realmente una afrenta a los “laicos.” Los convierte en cristianos de segunda clase, cristianos menos santos, cristianos que no pueden hacer nada excepto pensar y actuar como niños pequeños, obedeciendo a su “padre” o como borreguitos, siguiendo a su pastor. No se les toma en cuenta; se les dice que no pueden hacer esto o aquello. No pueden oficiar, administrar los Sacramentos, predicar, y, hacer otras cosas. No pueden ni tocar los elementos consagrados.

En la Iglesia Católica, no pueden tomar el vino. No tienen la autoridad ni la capacidad para hacer estas cosas, según las autoridades de la Iglesia, quienes mandón para que los laicos obedezcan y se sometan, cuando a veces los laicos hasta son más capacitados que algunos de los dirigentes.

No podemos tener cristianos de segunda clase si vamos a tener una Iglesia fuerte. No podemos tener en la Iglesia unos que “pueden” y otros que “no pueden.” El ministerio tiene que ser algo ejercido por todos, según sus dones, y no por un solo hombre en cada congregación. La santidad exigida de los “laicos” es la misma santidad que se debe exigir a los pastores y sacerdotes. Si se insiste en tener “hombres orquesta,” que hagan todo el trabajo, jamás se logrará hacer bien el ministerio de la Iglesia. Lo que tiende a pasar: es que hay un solo hombre, el pastor, corriendo como loco, mientras todos los demás toman un papel pasivo en la Iglesia (por lo menos en relación al trabajo de ministerio). ¿Cómo se va a hacer ministerio así, cuando hay un solo hombre trabajando en lugar de muchos?

Por eso, debemos volver al concepto y la práctica del “supervisor,” que supervisa el ministerio de todos los miembros, que los capacita, como en Efesios 4:12. No estamos diciendo que no debe haber autoridades en la Iglesia, o que no deben haber puestos especiales. Sí debe haber pastores; pero su función no es de acaparar toda la obra del ministerio, sino la de capacitar a otros para esa obra, y de supervisar el trabajo.

Por ejemplo, es una costumbre antigua que la Eucaristía no puede celebrarse sin la autorización o la supervisión del pastor-obispo. Pero esto no significa que sólo el pastor ordenado puede celebrarla, sino que si no la puede celebrar él, que la celebre otra persona designada por él, de la congregación. Así también para otras cosas—la predicación, la enseñanza, la visitación, etc.

Todas éstas son cosas que los “laicos” pueden hacer, bajo la supervisión del pastor. Entonces, al decir que no debe haber una distinción “clero/laico,” no estamos diciendo que deben desaparecer todas las autoridades y todas las diferencias entre los miembros. Más bien, estamos diciendo que debe haber una diferencia de funciones. No todos tendrán la función de predicar, administrar Sacramentos, enseñar, etc. Cada quien tendrá una función especial. Inclusive, el “supervisor” no es más que los demás; sólo tiene una función distinta que los demás.

Una gran bendición en los últimos años ha sido la Educación Teológica por Extensión. Este sistema de educación está abierto a todos—solteros, casados, jóvenes, ancianos, hombres, y mujeres. Sirve para capacitar a todos los miembros de una congregación para los diferentes trabajos. Casi todo se hace al nivel local, como en la Iglesia Primitiva.

Al mismo tiempo, los dirigentes locales deben salir de las congregaciones locales. Los diáconos, las diaconisas, e inclusive los pastores, deben ser personas de la misma comunidad. Y deben ser para los miembros de la comunidad “uno de nosotros,” con el mismo nivel de vida que los demás. Al mismo tiempo, lo importante para un pastor-supervisor es su forma de ser, y no sólo sus conocimientos. Si leemos los requisitos que San Pablo pone para el pastorado y para otras posiciones en la Iglesia, tienen mucho más que ver con el carácter de la persona que con sus conocimientos. Esto es importante.

El sistema de seminario a veces ha sido muy dañino. Es sólo para pastores o sacerdotes, por lo tanto cierra la posibilidad de educación teológica a la gente común. Uno asiste al seminario sin que nadie sepa si podrá ser un ministro eficaz, porque no ha tenido práctica; no ha sido probado por la comunidad. Se prepara a jóvenes, que no tienen la experiencia o la autoridad que los mayores. Cuesta mucho dinero. Y más que nada, tiende a desculturizar a los seminaristas. Los cambia profundamente, de modo que ya no son como la demás gente de su comunidad. Piensan diferente, hablan diferente, actúan diferente. Son personas distintas a los demás; no son “uno de nosotros.”

La Educación Teológica por Extensión y el sistema primitivo presentan múltiples ventajas. El ministerio puede ser de todos los miembros de la congregación. Los candidatos para los diferentes puestos son probados primero para ver si tienen vocación o no. Aprenden al mismo tiempo que trabajan, y por lo tanto, su enseñanza no es pura teoría irrelevante a la realidad. Surgen líderes de las mismas comunidades, y permanecen en sus comunidades. No hay que mantenerlos ni darles becas, para que aprendan a depender de un subsidio. Pueden seguir trabajando en otra cosa, para no ser una carga a la Iglesia; inclusive, pueden seguir trabajando aún después de ser “ordenados.”

La Educación Teológica por Extensión permite que sigan estudiando a través de toda la vida, y no sólo en un seminario antes de comenzar a ejercer el ministerio, cuando todavía no han conocido los verdaderos problemas y obstáculos. No se desculturizan, sino que siguen siendo miembros de las comunidades, “uno de nosotros.” Todo esto es como se acostumbraba en la Iglesia Primitiva, y presenta ventajas formidables. Esto no significa que no hay lugar para seminarios y escuelas bíblicas. Pero todo eso debe ser decisión de la iglesia local. Cuando existe la necesidad, se buscará la solución. Si hay necesidad de que algunos estudien más intensamente,

se buscará la forma para que lo hagan, tomando en cuenta los recursos locales disponibles. Sin embargo, la función del seminario cambiaría radicalmente de lo que ha sido hasta el momento.

Por supuesto, todo esto crearía problemas nuevos. Pero hay que recordar que siempre habrá problemas, con cualquier sistema que se emplee. Lo importante es que las ventajas de un sistema así serían mucho mayores que las desventajas ocasionadas. En fin, el ministerio tiene que dejar de ser algo paternalista, de unos pocos. Tenemos que abrir el ministerio a la Iglesia entera, y no sólo a un grupo selecto dentro de la Iglesia. Ya no debe haber distinciones clero/laico, ni cristianos de primera y segunda clase. La distinción más bien debe ser una de función, y no de grado o nivel. Todos pueden tener diferentes funciones, sin que unos sean de primera clase y otros de segunda.

CAPÍTULO CUATRO

LA COMUNIDAD CRISTIANA

Esta sección tiene mucho que ver con la sección anterior, y se volverán a ver algunos de los mismos puntos. Lo que aquí queremos examinar es lo que hacen los cristianos “comunes y corrientes,” los que no son los dirigentes. ¿Qué se espera de ellos? ¿Qué responsabilidades tienen? ¿Cómo se concibe a la iglesia? Esto es lo que deseamos ver en este capítulo.

La Iglesia Primitiva

Hay varias citas que podemos ver del Nuevo Testamento que describen lo que se espera de los cristianos. Se les llama “santos,” y se espera de ellos santidad de vida (1 Corintios 1:2; Romanos 1:7, y otros). Cada uno debe vivir en amor, dando su vida por sus hermanos (1 Juan 3:16). Todos son llamados a tomar su cruz y seguirle al Señor, negándose a sí mismos (Marcos 8:34). Todo esto tiene que ver con el concepto de “discipulado.” El discípulo es uno que sigue al Señor, y el Nuevo Testamento afirma que todos los cristianos deben ser verdaderos discípulos (Lucas 14:26, 33; Mateo 28:19; Juan 8:31). Ser discípulo es un compromiso muy grande. Significa dar la vida por los demás, perder la vida; vivir para los demás, buscar el bien de otros antes que el suyo propio. Y Jesús afirma enfáticamente que el que no hace estas cosas, no puede ser su discípulo (Lucas 14:26). Ser discípulo cuesta mucho.

En la Iglesia Primitiva, todos tenían que vivir de esta manera. Todos tenían que ser discípulos. Si no, eran excluidos de la comunidad. A todos se les exigía ese mismo compromiso. Esto es lo que se les enseñaba en su catequización. No cualquiera podía ser miembro de la iglesia. Tenía que ser instruido ampliamente. Tenía que ser probado. Tenía que vivir una vida correcta. Junto con sus clases de catequización, tenía que hacer obras de caridad. Cada uno era examinado cuidadosamente antes de entrar a la iglesia, no tanto con respecto a su doctrina, sino con respecto a su vida. En fin, había requisitos muy altos para entrar a la iglesia. Y una vez dentro, uno tenía que permanecer en santidad de vida, y seguir practicando el amor.

Otro punto importante es el concepto de la Iglesia que se tenía. El pasaje más significativo es 1 Corintios 12, donde leemos de la Iglesia como un cuerpo. Esta idea de la Iglesia como el cuerpo de Cristo aparece en muchas otras citas, pero es desarrollada principalmente en 1 Corintios 12. Ahí se habla de cómo todos sin excepción tienen una función que cumplir. Algunos tienen una función más humilde, aparentemente menos importante. Pero San Pablo rechaza que haya personas más importantes o menos importantes; todos son importantes, igual como todas las partes del cuerpo son importantes. “Los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios” (v. 22).

Es obvio de este capítulo y otras porciones del Nuevo Testamento que el ministerio se entendía como algo que todos hacían. Todos hacían ministerio. Todos servían de alguna manera. Todos tenían alguna función. Por supuesto, todos también eran objetos del ministerio, y recibían el ministerio de parte de otros; pero todos también eran llamados a ministrar a las necesidades de los demás. Todos eran sujetos y objetos del ministerio al mismo tiempo, dando y también recibiendo de otros.

Con respecto al crecimiento de la Iglesia, debemos notar también que todos tenían la función de compartir el Evangelio con otros. Y su catequización servía para que desde el principio aprendieran a hacer esto. Desde el principio, inclusive antes de entrar formalmente a la Iglesia, ya debían vivir como discípulos, practicar la mayordomía de tiempo y dinero, etc. Había requisitos muy altos. La catequización tenía como fin la formación de cristianos activos, de “discípulos” entregados por completo al servicio del Señor. Cualquiera que no vivía de esa forma “no podía ser discípulo de Jesucristo.”

La Iglesia Católica Medieval

Una vez más, todo esto cambia en la Edad Media. En primer lugar, todos los miembros eran considerados cristianos, no importaba la vida que llevaran. Aun si morían como pecadores no contritos, podían ser salvados después de “purgar sus pecados” en el purgatorio. Ningún cristiano, o individuo bautizado, podía ser condenado al infierno. Con cualquier acto de penitencia, uno recibía el perdón de los pecados; con decir unos cuantos Padrenuestros y Ave Marías, el peor pecador volvía a ser un buen cristiano.

Hay que entender que la razón por la cual había que incorporar a todos en la Iglesia era porque había que salvar a todos del infierno. Inclusive, cuando se bautizaban a pueblos enteros, como se hizo en América Latina con los indígenas, se pensaba que les estaban haciendo un favor, salvándolos del infierno. Por eso, lo importante no era ya conservar pura la comunidad cristiana, sino salvar a todas las almas posibles.

Cuando se admitía a cualquier individuo a la Iglesia, ya no se podía exigir los mismos niveles de santidad. Al mismo tiempo, había demasiada gente para instruir; la catequización tenía que ser sencilla y rápida a veces. El otro cambio importante fue el cambio en el concepto de la Iglesia que comenzamos a señalar en el capítulo pasado. La gente comenzó a tomar un papel totalmente pasivo. Eran objetos del ministerio, y no sujetos; ellos no hacían ministerio, sino que alguien les hacía ministerio. Se formó la distinción clero/ laico, y los laicos asumieron papeles totalmente pasivos.

Desapareció casi por completo el concepto de la Iglesia como un cuerpo en el que todos son miembros activos y necesarios, cada uno con su función distinta y especial. Más bien, llegó a predominar el concepto de la “madre Iglesia.” La Iglesia era “madre de los fieles,” y los fieles eran “hijos de la madre Iglesia.” Ya hemos notado que esto implicaba que los fieles ya no eran la Iglesia, sino que la Iglesia era la jerarquía. Si la iglesia es nuestra madre, entonces nosotros no somos la Iglesia.

Según este concepto, la única responsabilidad de un hijo pequeño es dejar que su madre lo cuide y lo nutra, y serle obediente. Es un concepto totalmente paternalista (o “maternalista”). No se esperaba de los miembros que trabajaran en el ministerio, visitando, evangelizando, etc., sino sólo que se dejaran “nutrir” por la madre Iglesia. Debían obedecerla, y cumplir con sus mandamientos. Debían dejarse bautizar, dejarse alimentar con la Eucaristía, dejarse instruir en la catequización, y obedecer mandamientos acerca del ayuno, del matrimonio, de la penitencia, etc. En pocas palabras, debían dejarse atender por el “padre.” Simplemente debían ser “niños obedientes.” Era lo único que se esperaba de ellos, y lo único que se podía esperar, porque eran “masas ignorantes,” que necesitaban de un “padre” que los orientara y cuidara.

Desgraciadamente, este concepto sigue existiendo en la Iglesia Romana y otras hasta la fecha. Toda esta mentalidad es la que se les enseñaba a los dirigentes, y la que se les enseñaba a la gente. El estudio era “peligroso” para los laicos; por eso, ni debían de leer la Biblia. Vemos este sistema en otras cosas, también: el sacerdote se para en frente para hacer la misa, y la gente sólo debe ser como “espectadores.” El sacerdote predica y habla, la gente escucha. Así también en la enseñanza, donde uno sólo aprende de memoria lo poquito que el sacerdote explica.

El sacerdote es el que lo sabe todo; la gente común no sabe nada. El sacerdote tiene que interceder por la gente, porque sus oraciones son más valiosas, ya que él es un ser consagrado que esté más cerca de Dios. La gente no puede ni tocar la hostia con su mano, sino que el sacerdote tiene que colocársela en la boca, y se les quita la copa a los laicos, porque es peligroso; un laico podría tirar una gota. El sacerdote es el único que puede dar los Sacramentos, ungir a los enfermos, escuchar confesiones, etc.

En fin, en la Iglesia Medieval, se desarrolló todo un sistema paternalista (o “maternalista”) en la Iglesia. Había que preservar a los laicos en su lugar. Este sistema realmente era (y es) una desvalorización de los laicos, que no pueden hacer casi nada, sino dejarse atender. No pueden participar en el trabajo de ministerio, de servir a los demás en sus diversas necesidades espirituales y materiales. Se les ha quitado el ministerio. Apenas en los últimos años, ha habido algunos pequeños cambios: se permite que los laicos lean en la misa, que den la catequización, etc. Pero el espíritu de paternalismo sigue predominando en casi todo.

La Iglesia Luterana

La Iglesia Luterana por lo general también ha adoptado este mismo sistema paternalista. Se excluye a los laicos de la mayoría de la obra del ministerio. No pueden predicar ni administrar los Sacramentos, ni ayudar en otras cosas; todo eso es trabajo exclusivo del pastor. Él tradicionalmente da las clases de catequización, visita a los enfermos, y sirve como “hombre orquesta.” La gente asume un papel totalmente pasivo. Esperan que todo lo haga el pastor, y cuando se trata de hacerlos participar, se niegan a hacerlo, porque han sido instruidos que “eso es trabajo del pastor.”

El concepto que predomina es el del pastor y las ovejitas. El pastor es el que alimenta y cuida a las ovejas; la gente es sencillamente un rebaño de borreguitos que deben dejarse cuidar por el pastor.

En los Estados Unidos, mucho de esto ha cambiado. Hay mayor participación laica. La administración ya no es trabajo del pastor, sino de los miembros.

Se delegan muchas funciones como enseñar y catequizar. Pero todavía, la mayor parte de la gente toma un papel totalmente pasivo en la obra del ministerio, de servir a los demás en sus diversas necesidades, particularmente espirituales. La gente puede participar en otras actividades, pero generalmente no participa en el trabajo de ministerio. Todo eso es tarea del pastor, ya que él es el que sabe hacerlo, porque ha asistido a un seminario y ha recibido capacitación especial.

La instrucción catequética es algo importante en la Iglesia Luterana. Generalmente se da un alto nivel de catequización, y uno no puede ser miembro sin recibir esta catequización. Sin embargo,

el problema con la catequización es su contenido. Es sólo la impartición de doctrinas. Lo que se pretende no es tanto crear discípulos, sino crear miembros. Se pretende impartir conocimientos más que impartir una nueva forma de vida. El requisito para entrar a la iglesia no es santidad de vida, sino conocimiento de doctrinas.

Al mismo tiempo, se le enseña desde el principio a la gente a tomar ese papel pasivo. La forma de instrucción es que el pastor habla y la gente escucha (igual que el culto y los estudios bíblicos). Se le enseña a la gente que el pastor hace el ministerio en el lugar de la congregación, y por eso la gente no debe hacer ciertas cosas relacionadas con el ministerio, porque sólo el pastor las puede hacer. Es “peligroso” que la gente ejerza el ministerio. Pueden enseñar alguna doctrina falsa, por ejemplo. Por eso, el pastor es el que debe hacerlo todo.

En fin, el sistema luterano se parece demasiado al sistema católico. La gente es tratada como borreguitos a veces. Se le enseña a tomar un papel pasivo, y se les prohíbe participar plenamente en el ministerio. Lo que se espera de la gente es principalmente que asista a los cultos, y que dé algo de ofrendas. Si hacen esto, son buenos miembros, aunque no tengan ninguna vida devocional privada, ni comparten su fe con otros, etc.

En algunos lugares de América Latina, hay un sistema “parroquial,” en el que varias congregaciones comparten a un solo pastor. El pastor tiene que correr de un lado para otro para atender a todos. Y cuando no puede estar presente en el templo algún domingo, mejor se cierra el templo. La congregación no quiere hacer ministerio.

Este sistema paternalista también existe en muchas de las Iglesias Protestantes tradicionales. Sin embargo, muchas de esas iglesias tienen un sistema de ministerio en el cual una buena parte de los miembros trabajan.

Los nuevos grupos religiosos

La idea de la Iglesia como una “organización” en la cual todos los miembros trabajan es una de las razones por las cuales los nuevos grupos religiosos están creciendo rápidamente. Entre los Testigos de Jehová, todos tienen que constantemente estudiar y trabajar, y así también en los otros grupos. La iglesia es como una gran fábrica, en la que todos juegan un papel.

Sin embargo, desgraciadamente, estos grupos también caen mucho en el paternalismo, pero no es tanto en su forma de ministerio como en su doctrina. Los pentecostales hacen estudios bíblicos, por ejemplo, pero es el pastor o el maestro quien les dice a todos los que han de creer de la Biblia, y la gente no aprende a pensar por sí misma, sino sólo a repetir lo que se le ha enseñado. Así es también entre los mormones y particularmente entre los Testigos. Este sistema trata a los miembros como personas que no pueden pensar por sí mismas, y por lo tanto los desvaloriza.

Al mismo tiempo, es difícil llamar “ministerio” a lo que estos grupos hacen, por la mayor parte. Generalmente, su interés no es el de ayudar a la persona en su necesidad, sino de ganarla para su iglesia. A veces hay muy poca obra social.

En estos grupos y en otras Iglesias cristianas, sí hay más del espíritu de comunidad, y no se admite a cualquiera. Insisten en la santidad de vida. En esto, se parecen a los cristianos

primitivos. El problema es que se vuelven muy legalistas, y esto siempre puede pasar cuando se exigen ciertos requisitos para ser miembros de una Iglesia. Entienden la santidad casi exclusivamente en términos de “abstención” de ciertas cosas, y no como una vida llena de amor y servicio.

Conclusiones

Una vez más es obvio que el sistema primitivo es el que debemos tratar de implantar. En primer lugar, como ya hemos dicho, es necesario que no se permita que cualquiera sea miembro de la Iglesia. Hay que insistir en que sea una persona que vaya a vivir en amor en la comunidad, que vaya a vivir como discípulo fiel y entregado a Jesucristo.

Nuestra catequización tiene que cambiar. La catequización es lo más importante en la formación de nuestro miembros. El objetivo de la catequización ya no puede ser sólo el impartir doctrinas. Más bien, la catequización tiene que servir para formar discípulos que vivan en amor, que entreguen sus vidas a Dios y por los demás, en Cristo. Hay que enseñar cómo vivir, y no sólo doctrinas. Por supuesto, las doctrinas son importantes, pero sólo en cuanto nos enseñen cómo vivir. Bien haríamos si insistiéramos en que los catecúmenos se dedicaran a obras de caridad como requisito para entrar a la iglesia. Eso enseñaría desde el principio que es necesario amar para ser cristiano, y define muy bien qué es el cristianismo.

Al mismo tiempo, se les enseña que el ser cristiano es la entrega total de uno mismo. El cristiano es el que se ofrece por completo a Dios, el que toma su cruz, el que deja todo para seguir a Cristo. Si uno no quiere hacer esto, “perdiendo su vida,” no puede ser discípulo de Jesucristo, y no puede ser miembro de la Iglesia. Eso es lo que hay que enseñar desde el principio. Y antes de que cualquiera entre a la Iglesia, hay que ver si realmente está dispuesto a pagar el costo de ser discípulo de Cristo. Si no, no puede serlo.

Y esto tiene que seguir una vez que uno haya entrado a la Iglesia. Uno tiene que seguir viviendo de esa forma. Tiene que seguir dando su vida por los demás en amor, sirviendo a los demás, obedeciendo al Señor Jesús. Si no, tiene que ser excluido de la comunidad. Los primeros cristianos no tenían miedo de excomulgar a los miembros que no seguían fielmente a Jesús. Tenemos muchos casos de eso en el Nuevo Testamento. Hoy en día, la excomunión casi ni se practica. Y cuando no se practica, la iglesia se llena de cristianos fríos y tibios, que van enfriando a los demás, hasta que todo se eche a perder. Uno de los errores que a veces se ha cometido es el de querer “cambiar las reglas” a la gente una vez que ha entrado a la iglesia. Primero les enseñamos que no es necesario diezmar, por ejemplo, y después les decimos que sí deben hacerlo. Primero les decimos que no es necesario evangelizar, y después sí. Primero les enseñamos que no es necesario estudiar la Biblia, y después les decimos que sí.

Algunos dirán que sí se les enseña estas cosas desde el principio, pero no es verdad. Les mencionan a los catecúmenos, tal vez, que es bueno hacer estas cosas. Pero no se insiste desde el principio que las hagan. No se les dice: “Si no ofrendan con generosidad, si no evangelizan, si no estudian la Biblia, si no oran, si no ayudan a los demás, no pueden ser miembros.” Si desde el principio se les enseña que estas cosas son “opcionales,” y que pueden ser miembros sin hacerlas, entonces después no las querrán hacer. Debe quedar muy claro desde el principio lo que

se espera de los nuevos miembros. Cuando después uno les quiere enseñar que hagan algo que no han hecho desde el principio, no lo querrán hacer.

En todo esto, siempre hay el peligro del legalismo; uno tiene qué hacer esto, tiene que hacer lo otro, etc. Esto parece ser pura “ley.” Pero, ¿estaba siendo legalista Jesús cuando dijo: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame,” o cuando dijo: “Cualquiera que no aborrece... su propia vida..., no puede ser mi discípulo”?

La verdad es que el ser cristiano requiere de cierto tipo de vida. Sí es necesario tener reglas; todas las iglesias sin excepción las tienen. Aun en la Iglesia Luterana, hay reglas; si uno vive en adulterio abierto, y no se arrepiente, es excluido de la Iglesia. Si uno se niega a estudiar el catecismo, no puede ser confirmado. Si uno no ha sido confirmado, no puede comulgar. Siempre es necesario tener reglas, y todas las iglesias las tienen.

El legalismo ocurre cuando hay reglas disociadas del amor. Es necesario recordar siempre que las reglas no son un fin en sí mismas. Son para preservar el amor en la comunidad. Todas las reglas de la Iglesia deben servir para que la comunidad sí pueda ser lo que pretende ser: una comunidad de amor y servicio. Si no hay reglas, o si se descuidan, la comunidad jamás podrá ser esto, porque muchos no vivirán en amor y servicio.

Es como en Hechos 2:42, 46-47. Ahí dice lo que hacían los primeros cristianos. Si uno quería ser cristiano, tenía que perseverar en la doctrina apostólica, practicar la comunión con otros, partir el pan (participar en la Eucaristía), orar junto con los demás, comer con los demás, y adorar a Dios con los demás. Ser cristiano significaba hacer todo esto, pertenecer a la comunidad cristiana y vivir como miembro de la comunidad. Si uno no hacía estas cosas, se excluía a sí mismo de la comunidad. Si uno se negaba a participar en la comunión con los demás, a participar de la Eucaristía con los demás, a orar con los demás, etc., entonces ya no estaba viviendo como miembro de la comunidad cristiana. Se había separado del cuerpo de Cristo, y ya no era salvo.

Entonces, esto no es legalismo. Es simplemente comunión. Si uno quiere participar de esa comunión cristiana, tiene que cumplir con ciertas cosas, igual como si uno quiere asistir a la escuela, tiene que hacer las tareas, asistir, etc. Nadie tiene que ir a la escuela si no quiere, pero si quiere, tiene que cumplir con las reglas. Eso no es legalismo. Asimismo, si uno quiere ser cristiano, y pertenecer al cuerpo de Cristo, tiene que cumplir con los requisitos. Si no cumple, entonces no puede pertenecer. Y si uno insiste en pertenecer a la iglesia pero no quiere cumplir con sus responsabilidades, tiene que ser excluido, igual como un estudiante que no quiere hacer sus tareas ni asistir a clases tiene que ser expulsado.

La otra cosa que es necesario mencionar es que debemos volver al concepto del cuerpo, y dejar a un lado la idea de la iglesia como nuestra madre (lo cual no es bíblico). La iglesia tiene que ser un cuerpo, en el que todos actúan, todos trabajan, todos tienen alguna función que cumplir. Todos tienen dones, y tienen algo que contribuir.

Sin embargo, estos dones tienen que ver con ministerio—servir y ayudar a otros, expresar concretamente el amor por los demás. Esta tiene que ser la tarea de todos. En muchas iglesias tradicionales, se consideran los “dones” como ser acólito, ujier, lector, limpiar el templo, cocinar,

etc. Aquí no estamos hablando de esos “dones,” sino de otros que tienen que ver con el ministerio. Los dones que debe haber son los de enseñar, predicar, administrar, visitar, evangelizar, aconsejar, ocuparse de los enfermos, ocuparse de la obra social, etc. Estos trabajos tienen que ver con el ministerio. Los miembros deben dedicarse a estas obras de amor y servicio a los demás.

Este es el concepto de cuerpo que San Pablo menciona en 1 Corintios 12. Todos ayudan en el ministerio. Ese es el tipo de iglesia que se necesita—no con muchos miembros pasivos, cuya única participación es la de sentarse en una banca a escuchar un sermón.

Finalmente, debemos abrir todos los aspectos del ministerio a los miembros. No debe haber cosas que sólo el pastor pueda hacer “por derecho divino,” como oficiar, dar los Sacramentos, etc. Tampoco queremos decir que cualquier miembro haga estas cosas. Debe haber capacitación para hacer estas cosas. Sólo debe hacerlas el individuo que ha recibido capacitación para hacerlas.

El ministerio, o el culto, o cualquier aspecto de la vida de la Iglesia, no puede depender de un solo hombre.

CAPÍTULO CINCO

ACENTOS TEOLÓGICOS

Otra cosa que ha cambiado mucho a través de la historia es la teología. Aunque las doctrinas básicas no han cambiado tanto, lo que sí ha cambiado son los énfasis que se dan. Por eso hemos titulado esta sección “acentos teológicos.” Lo que se acentúa, lo que se enfatiza, es lo que ha variado mucho.

La Iglesia Primitiva

En la Iglesia Primitiva, vemos un énfasis muy fuerte en la vida de los cristianos. La doctrina estaba últimamente relacionada con la vida. Las doctrinas se aplicaban a la vida cotidiana—no eran cosas sólo para el intelecto.

San Pablo siempre relacionaba sus enseñanzas con la vida real; en casi todas sus epístolas la parte doctrinal es seguida por una parte ética y práctica.

San Juan reconocía que la falsa doctrina destruye el amor en la comunidad; por eso, en su primera epístola, insiste que el que ama tiene la verdadera doctrina, y el que tiene la verdadera doctrina, tiene el amor.

En otras palabras, lo que se creía acerca de Dios, Jesucristo, la Iglesia, etc., afectaba profundamente la vida cotidiana. Al mismo tiempo, lo que distinguía a un cristiano de un no cristiano no era sólo lo que creía, sino lo que hacía. El cristianismo era ante todo una forma de vida. Creer en Cristo significaba ser su discípulo, seguirle, y vivir como parte de la nueva comunidad. No era posible creer en Cristo sin hacer todo esto, y sin vivir en amor.

También debemos notar una vez más que la doctrina no sólo tenía que ver con la vida futura, sino con la vida actual también. La salvación era; entendida no sólo como algo futuro, sino también como algo presente. El futuro se reflejaba en el presente. La vida actual era un principio, un comienzo de la vida eterna. La comunidad ya era la comunidad del fin de los tiempos, figura del cielo mismo.

Finalmente, la teología se resumía en términos de estar “en Cristo”. Si uno está en Cristo, se porta de cierta manera. Vive en amor. Entrega su vida por los demás. Vive unido a los demás en la Iglesia. Ora, adora, y participa de la Eucaristía con los demás. Vive una vida santificada. Obedece a Cristo. Todas estas cosas las hacen uno que está en Cristo. Y si uno no hace estas cosas, es obvio que no está en Cristo, por más que diga que sí.

Esa teología es mucho muy sencilla. Si uno está salvo, vivirá unido a Cristo, porque en eso consiste la salvación. Y si está unido a Cristo, está unido a la Iglesia, que es su cuerpo. No hay otra alternativa.

Esta teología no admite la posibilidad de que un cristiano no asista a la Iglesia, o que no viva en amor. Si uno no hace estas cosas, no está en Cristo, y no es salvo. Así es de sencillo.

En fin, la teología primitiva define el cristianismo en términos de una NUEVA VIDA. “Si alguno está en Cristo, es una nueva creación” (2 Corintios 5:17). Pero si no hay nueva creación y nueva vida, uno no está en Cristo.

Así como esto era muy sencillo, así también era el resto de la teología primitiva. Era mucho muy sencilla. Toda la teología podía ser comprendida por la gente común de la Iglesia.

La Iglesia Católica Medieval

Al considerar la teología medieval, volvemos a los conceptos de culpa y perdón. Aunque el concepto del perdón es importante en el Nuevo Testamento, el concepto de culpa está casi totalmente ausente (la palabra “culpa” aparece una sola vez; “culpable” sólo 5 veces, y “culpar” sólo una vez). Lo importante en la teología medieval es “quitar culpa.” Se desarrolla todo un sistema de méritos, pecados veniales, pecados mortales, penitencias, absoluciones, etc. La obra de Cristo llega a ser entendida casi exclusivamente como la de “quitar culpa,” por medio de una acumulación de méritos. Es todo un sistema de contaduría. Por cada falta cometida, había un castigo correspondiente de un cierto número de años en el purgatorio. Por cada mérito obtenido, por obras de caridad, peregrinaciones, adoración de reliquias, penitencias, etc., el número de años en el purgatorio bajaba.

Entonces, lo importante en esa época era ganar la remisión de las culpas. No se hablaba tanto de la nueva vida, o la nueva creación, sino de la remisión de culpa. Por ejemplo, el bautismo ya no significaba morir y resucitar con Cristo, o nacer de nuevo, sino ser lavado de culpa. Así se perdió el corazón del mensaje primitivo, de la nueva vida en unión con Cristo.

También se cayó en el legalismo, lo cual siempre es fácil de hacer. Uno ganaba méritos por ir a misa y por sus propios esfuerzos. Aunque la Iglesia Católica nunca ha enseñado oficialmente que uno gana su propia salvación por sus propios esfuerzos, así entendía la gente. Uno se salvaba por someterse a los mandamientos divinos y eclesiásticos.

Al mismo tiempo, la salvación llegó a ser algo que sólo tenía que ver con el futuro. Ser salvo es ir al cielo algún día. La única preocupación es la de acumular suficientes méritos para poder ir al cielo y pasar el menor tiempo posible en el purgatorio. Lo que importa es la vida futura. Esta vida es sólo un período de prueba, una peregrinación, una preparación para el cielo. Por eso, lo que realmente importaba era la otra vida, y no ésta.

La Iglesia Luterana

La Iglesia Luterana heredó muchas de estas cosas de la Iglesia Medieval. Hereda el mismo concepto de la salvación, entendida sólo en términos de la vida futura. Toda la vida se orienta sólo al juicio final (o a la hora de la muerte). Igualmente, todo se ha entendido en términos de pecado, culpa y perdón. Ser justificado es simplemente ser perdonado, y nada más. Lo importante es quitar la culpas. La novedad es que la culpa no se borra por las obras, sino por la gracia de Dios y la fe. Pero la idea básica es la misma: quitar culpa. El concepto central de la teología luterana ha sido la justificación por la fe. Según esta teología, nosotros no podemos hacer nada para salvarnos a nosotros mismos. Ninguna obra nuestra puede merecernos el perdón de Dios. Nosotros tomamos un papel totalmente pasivo en nuestra justificación. Se repite domingo tras domingo: no podemos hacer nada para salvarnos. Todo lo hace Dios. Luego, se

dice que la santificación debe seguir a la justificación. ¿Por qué? Porque debemos estar agradecidos. Sin embargo, no hay una relación estrecha entre justificación y santificación. La santificación no tiene que seguir a la justificación. Se dice que el cristiano justificado no puede dejar de pecar; sólo puede confiar en la misericordia de Dios.

El problema con esta teología es que el énfasis tan fuerte en esos elementos hace que la gente se preocupe poco por la santificación y la vida nueva. Cuando oyen sin cesar: “No puedes hacer nada bueno delante de Dios,” el resultado es que no hacen nada. Si tenemos un papel totalmente pasivo en nuestra salvación, entonces siempre asumiremos ese papel totalmente pasivo. No tenemos que hacer nada, entonces no haremos nada. No daremos ofrendas. No oraremos. No iremos a la Iglesia. No estudiaremos la Biblia. ¿Para qué?

Estas obras no son necesarias para la salvación. No tienen absolutamente nada que ver con nuestra salvación, porque podemos ser salvos sin ellas. Entonces, no hay que hacer nada; sólo dejar que Dios nos salve, tomando un papel pasivo. Según esta teología, es posible ser justificado por la fe en Jesucristo, y no cambiar de vida. Por supuesto, decimos que uno debe cambiar de vida, por agradecimiento. Pero si no lo hace, pero sigue “creyendo en Cristo,” entonces sigue siendo salvo, según esta teología. La santificación debe seguir a la justificación, pero no tiene que seguir. Y como no tiene que seguir, en muchos no sigue, porque no cambian de vida.

La teología luterana también heredó de la Iglesia Medieval el concepto de salvación como algo que sólo tiene que ver con la vida después de morir. Por lo tanto, la justificación por la fe se entiende así: Si crees en Jesucristo, irás al cielo al morir, porque él te perdonará.

Cuando todo el mensaje se centra en la otra vida, el mensaje no tiene que ver con nuestra situación ahora. No es necesario hacer cambios ahora. Uno puede vivir como quiera; “al fin que Dios me perdonará al final porque creo en su Hijo.” Aunque generalmente los pastores dicen que uno no debe pensar así, la gente sigue pensando así, y en realidad tienen toda la razón según el sistema tradicional luterano.

Los grupos religiosos nuevos

Los grupos nuevos generalmente caen en el legalismo. Aunque a veces dicen que uno se salva por la fe, agregan otras condiciones para “ser salvo.” Siguen entendiendo la salvación en el sentido de ir al cielo al morir, o por lo menos, como algo relacionado sólo con el futuro.

Casi todos los grupos protestantes están entre la posición luterana y esta posición, pues profesan la salvación por la sola fe, pero muchos se vuelven legalistas. También entienden la salvación únicamente en relación con el cielo y la vida eterna.

Uno de los puntos importantes de los nuevos grupos que debemos notar es que su teología es por lo general muy sencilla de entender. Hay unos puntos básicos, y eso es casi todo. No existen los sistemas complicados como los hay en la Iglesia Luterana, la Iglesia Católica, y otras. Tienen un mensaje muy fácil de entender.

Conclusiones

Todo el problema gira en torno a dos conceptos: justificación y salvación. Si la justificación únicamente equivale a ser perdonado, ser declarado “inocente” o “no culpable,” entonces siempre tendremos el problema de que no será necesario que el cristiano viva una vida nueva dentro de una comunidad nueva. El ser perdonado o ser declarado libre de culpa no implica ningún cambio en el individuo. Por lo tanto, uno puede ser “cristiano” sin que ocurra un cambio en él, según este sistema de pensamiento.

Sin embargo, si definimos la justificación en términos de estar “en Cristo,” y participar de una nueva realidad, entonces un cambio sí tiene que ocurrir en el creyente. El estar “en Cristo” necesariamente conlleva un cambio de vida, pues uno no puede quedar igual que antes una vez que haya sido incorporado a Cristo. Por definición, eso es imposible. “Si uno está en Cristo, es una nueva creación.” Una nueva creación por definición no puede ser igual que la vieja creación. Si no hay cambio, no hay nueva creación.

De esta manera, la santificación tiene que ocurrir si ha habido justificación. Y si no ocurre la santificación, es que no ha habido justificación. Si definimos la justificación en términos de “estar en Cristo,” la santificación, que es simplemente el vivir en Cristo, tendrá que ocurrir como consecuencia. Si uno está en Cristo, habrá frutos. Si no está en Cristo, no habrá frutos. Y si no hay frutos, uno no está en Cristo. “Por sus frutos los conoceréis.”

Todo esto es tan sencillo. Así hay una relación inevitable entre justificación y santificación. Y así, habrá que insistir que no hay salvación o justificación si no hay santificación, si no hay un cambio de vida.

El otro aspecto que debemos notar es el de la salvación. Un estudio cuidadoso del Nuevo Testamento revelará que la salvación no sólo tiene que ver con “ir al cielo al morir.” La salvación también tiene que ver con nuestra realidad actual, con la salvación de todos los efectos del mal. La salvación debe estar presente en la comunidad cristiana, en el sentido de que ahí se practica el amor, la comunión, la ayuda a los necesitados, etc. La comunidad cristiana es un reflejo, una participación en lo celestial, y en el reino futuro. Todo lo que habrá en el futuro se experimenta desde ahora en parte, aunque no en su plenitud.

En fin, el cristianismo es ante todo una forma de vida, una nueva creación, la cual comienza desde ahora y sigue para toda la eternidad. Ser cristiano no sólo es creer que Dios nos perdona, sino también creer que Dios nos da una nueva vida en Cristo. Ser cristiano es vivir esa nueva vida, ahora y para siempre.

Es necesario también simplificar nuestra teología. Y la mejor forma de simplificarla es volver al concepto central del Nuevo Testamento: el estar “en Cristo.” Ser salvo significa sencillamente estar en Cristo. No ser salvo es no vivir en Cristo. Vivir en Cristo significa vivir como él. Significa también ser parte de su cuerpo. El que no está unido al cuerpo de Cristo no está unido a Cristo, y no es salvo. Estar en Cristo significa vivir en Cristo. El que no vive en Cristo no está en Cristo. Toda esta teología es muy sencilla, y debe ser el corazón de nuestro mensaje.

CAPÍTULO SEIS

LA EVANGELIZACIÓN

Con la palabra “evangelización” queremos denotar el trabajo de compartir el Evangelio con otros, e introducirlos en la comunidad cristiana. Hay muchas personas en todas partes que no viven como miembros de una comunidad cristiana, y el deseo es que sí vivan plenamente el Evangelio como discípulos de Jesucristo. Este es el fin de la evangelización.

La Iglesia Primitiva

Desde el principio, el trabajo de evangelización era uno de los trabajos fundamentales de los cristianos. Debían compartir el Evangelio con otras personas. No debían callarse acerca de su fe, sino comunicar a los demás el mensaje de Dios en palabra y hecho. Evangelizaban con su vida; pero también evangelizaban con sus palabras.

La evangelización era la obligación de cada cristiano. No se podía ser cristiano y ocultar su fe. Esto queda claro de la Biblia. “No se enciende una luz y se pone debajo de un almud” (Mateo 5:15). El Evangelio no era algo para guardar para uno mismo.

Sólo por este trabajo de evangelización colectiva pudo crecer la Iglesia, en los primeros siglos. De otra forma, hubiera permanecido como una comunidad pequeña. Los cristianos buscaban todos los medios para crecer. Esto nos queda claro, no sólo del Nuevo Testamento, sino de los escritos primitivos. Todos compartían el Evangelio.

Notemos que tampoco hubo “campanas evangelísticas,” o esfuerzos particulares por evangelizar. Al contrario, toda la vida del cristiano era una “campana evangelística.”

Al mismo tiempo, sí había algunos que se dedicaban particularmente a este trabajo. San Pablo menciona a los evangelistas como personas especiales en la congregación, junto con pastores y maestros (Efesios 4:11). Algunos eran llamados a salir a otras partes del mundo como apóstoles. Esta palabra, aparte de designar a los 12, aparentemente también era usada para designar a los “misioneros.”

La Iglesia Católica Medieval

La situación cambia en la Iglesia Medieval. Cuando todo el mundo en determinado pueblo o ciudad ya era cristiano, ya no era necesario de trabajo de “evangelizar” o hacer cristianos a los demás (a pesar de que muchos de los que se decían cristianos realmente no practicaban la fe cristiana). Todavía había el trabajo de evangelizar a los pueblos paganos lejanos. Pero este trabajo era de frailes y religiosos, y no de la gente común.

La Iglesia Luterana

La Iglesia Luterana en Europa se encuentra en la misma situación que la Iglesia Católica—toda la gente ya era luterana por nacimiento. Uno de los grandes valores de Lutero fue su esfuerzo por purificar la Iglesia, tratando de alcanzar a la gente con el Evangelio, lo cual en un sentido era “evangelización.” En los Estados Unidos, mientras otros grupos protestantes como los metodistas, los bautistas, los presbiterianos, y otros se dedicaban intensamente al trabajo de evangelización, la Iglesia Luterana sólo se dedicó a alcanzar, a personas que ya eran luteranos

por tradición para formar iglesias. El misionero luterano, entonces, no se dedicaba a ganar a gente nueva, sino a juntar a los que ya eran luteranos por tradición.

Sin embargo, el trabajo de evangelización era siempre trabajo del pastor, y no de los laicos. En otros ambientes en donde sí se hacía evangelización, se le decía a la gente que su obligación era la de “invitar” a la gente a la iglesia. Notemos la diferencia entre “evangelizar” e “invitar.” El trabajo de dar a conocer el Evangelio siempre era del pastor; lo más que se podía esperar de la gente era que invitaran a otros a la iglesia. Una vez hecho esto, al pastor le quedaba el trabajo de “evangelizarlos.”

Se debe notar que la Iglesia Luterana, hasta hace poco, jamás ha sido una iglesia evangelizadora. Es verdad que ha habido algunos trabajos misioneros de vez en cuando en diversas partes del mundo. Pero jamás ha tenido el empuje evangelístico que han tenido otras iglesias protestantes.

Los nuevos grupos religiosos

El concepto de evangelización realmente ha resurgido más que nada en los últimos tres siglos en los Estados Unidos, donde había mucha gente que no pertenecía a ninguna iglesia, y en Inglaterra. Misioneros de estos dos países han sido los “evangelizadores del mundo.” Entre las Iglesias Protestantes, son comunes los cursos para evangelizar, las campañas evangelísticas, etc.

Los grupos que más crecen son los que más se dedican a la evangelización. Hay iglesias tradicionales que crecen por la evangelización, pero los nuevos grupos, como los Testigos, los Mormones, y los Pentecostales son los que más están evangelizando, porque todos sus miembros están involucrados en ese trabajo.

Hay que notar que el trabajo de evangelización en estos grupos no es de unos pocos, sino de todos. Todos reciben capacitación y práctica en la evangelización. No salen solos, sino en grupos de 2 o 3, en los cuales algunos van aprendiendo de otros. Tienen un método muy sistemático para evangelizar que les da resultados positivos.

En muchos de estos grupos, uno ni puede ser miembro si se niega a evangelizar. Entre los Mormones, por ejemplo, los hombres jóvenes tienen que salir por uno o dos años a dedicarse exclusivamente a la evangelización. Entre los Testigos, el que no trabaja vendiendo libros y tocando puertas no puede seguir perteneciendo a ese grupo.

Conclusiones

Una iglesia que no evangeliza de alguna forma es una iglesia dormida o muerta. Es una iglesia que deja de salir al encuentro del mundo, para transformarlo, una iglesia que se encierra en sí misma.

Es necesario enseñarles a los miembros que desde el principio es necesario evangelizar, compartiendo el Evangelio en palabras y hechos. Hay que enseñar que es imposible ser un verdadero cristiano sin hacer esto, porque la vida de Cristo fue una vida de anunciar el Evangelio en palabras y hechos, y si ese Cristo está realmente en nosotros, nosotros haremos lo mismo que él. Un cristiano no puede dejar de interesarse y preocuparse por los demás, y por lo tanto, no puede dejar de querer compartir el amor de Dios con otros en todo lo que hace y dice.

Al mismo tiempo, recordamos que Dios quiere formar una nueva comunidad, un nuevo pueblo. Esa es la voluntad de Dios. Y Dios quiere que todo el mundo forme parte de esa comunidad, ese pueblo, ese reino. En este mundo, ese reino es la Iglesia. Por lo tanto, queremos (con Dios) que todo el mundo realmente viva en esa comunidad que es la Iglesia, viviendo en verdadera comunión con Dios y con los demás. El cristiano quiere que la Iglesia, la comunidad cristiana, crezca y aumente su número siempre.

Por lo tanto, es necesario que todos los cristianos evangelicen. Esto no es legalismo; más bien, si uno está en Cristo, uno evangelizará, porque Cristo evangeliza. Y si uno no evangeliza, no está en Cristo, por la misma razón. Es necesario también que se les enseñe a los cristianos, cómo compartir el Evangelio. Aquí podemos aprender mucho de los nuevos grupos religiosos, que realmente trabajan de una forma organizada, y capacitan a sus miembros a compartir el Evangelio.

Es importante también que el mensaje evangélico sea un mensaje sencillo, como vimos en el capítulo anterior. Ante todo, tiene que ser un mensaje de amor y comunidad. De esta forma, sí podrá ir creciendo la Iglesia, como desea nuestro Señor.

CAPÍTULO SIETE

LAS FINANZAS

Toda organización necesita fondos para sostenerse y llevar a cabo sus metas. Esto siempre ha sido el caso de la Iglesia, también. Sin embargo, es importante examinar las fuentes de ingreso de la Iglesia a través de su historia, y ver cómo se han manejado los fondos. Lo que se pretende es tener las cantidades necesarias para hacer todo el trabajo de ministerio que se desea hacer, y usar esas cantidades de la mejor forma posible para llevar a cabo ese ministerio.

La Iglesia Primitiva

En el Nuevo Testamento, leemos de los cristianos que vendían sus propiedades y compartían con los demás (Hechos 2:44-45). En Hechos 4:34-35, leemos lo que se hacía con el dinero: se repartía entre los pobres. Leemos también de ofrendas para los necesitados en otras partes (ver Hechos 6:1; 2 Corintios caps. 8 y 9). Al mismo tiempo, se debe notar que no tenían que vender todo lo que tenían, sino todo lo que podían sin perder lo necesario para sostenerse. Vemos en Hechos 5:4 que esto no era obligatorio, sino que cada uno hacía lo que pensaba que era mejor.

Otro punto importante es que estas ofrendas no eran tanto para mantener a la iglesia, sino para ayudar a los pobres. Sí hay evidencias de que los obispos (pastores) recibían algún sueldo de la congregación (ver 1 Corintios 9:5-14; 1 Timoteo 5:18), aunque no se dice claramente de dónde venían estos fondos, si de ofrendas o de otras fuentes de ingresos. También hay evidencias de que los ricos de la comunidad sostenían una buena parte del trabajo de ministerio, prestando sus casas y proveyendo de fondos.

Es también muy importante notar que la Iglesia Primitiva practicaba un sistema de ministerio que no requería de grandes cantidades. No había grandes templos que construir y mantener. Los ministros recibían lo básico, pero la gran mayoría de la gente trabajaba en otra cosa, y en su tiempo “libre” servían a la iglesia.

En fin, lo importante es que había un espíritu de entrega total entre los primeros cristianos. Estaban dispuestos a dar grandes cantidades de dinero y de compartir sus bienes. Esto es fruto del amor. También debemos volver a la teología “en Cristo.” Cuando uno está en Cristo, es inevitable que dé de sí mismo, porque Jesús dio su propia vida y todo lo que tenía por los demás. Si realmente estamos en él y él vive en nosotros, haremos lo mismo. En este respecto, volvemos a lo que dijimos en el capítulo sobre “Acentos teológicos.” Toda la vida cristiana se entendía en términos de “vivir en Cristo,” y no principalmente en términos de “ser perdonado.”

La Iglesia Católica Medieval

Durante la Edad Media, la Iglesia realmente se hizo rica en muchas áreas, aunque en áreas rurales no tanto. ¿Cómo se hizo esto? Hubo varios factores. En primer lugar, ciudades y países enteros eran cristianos. Esto significaba que había mucha más gente, y por lo tanto, mucho más dinero. La Iglesia ganó el favor de los gobernantes, que entonces estuvieron dispuestos a sostener en gran parte la Iglesia. La Iglesia también se hizo dueña de grandes territorios, y había muchas riquezas en la tierra.

Finalmente, la Iglesia a veces vendía sus servicios; se cobraba por bautizar, por casar, por hacer misas, y para cualquier servicio religioso. También se vendían los puestos importantes a veces, como los obispados y arzobispados. Y se vendían indulgencias para recaudar fondos. Los fondos generados, entonces, no venían de las ofrendas principalmente, sino de otras fuentes. De hecho, las ofrendas sumaban una porción mínima de los gastos de la Iglesia. El uso del dinero también era distinto; aunque se gastaba en ayuda a los necesitados, se gastaba mucho más en otras cosas, a veces cosas no muy necesarias, como la “buena vida” de los dirigentes. El dinero generalmente servía para mantener a la Iglesia. Y los que manejaban el dinero no eran los feligreses, sino los dirigentes. Los feligreses ni tenían idea de cómo se manejaba el dinero.

La Iglesia Luterana

En la Iglesia Luterana Europea, los fondos para mantener a la Iglesia y al clero han provenido del Estado. Estos fondos generalmente han sido generados por impuestos. Así se mantiene a la Iglesia Luterana Europea hasta la fecha, por lo general.

Sin embargo, fuera de Europa, esto era imposible. Las comunidades locales tuvieron que asumir la responsabilidad de sostener a la iglesia. Esto era más fácil de hacer en comunidades grandes, pues comunidades pequeñas tenían menos recursos y no podían mantener al pastor. Los pastores rurales vivían en condiciones muy pobres, y a veces tenían que trabajar en otra cosa para sostenerse.

En la Iglesia Luterana en los Estados Unidos, casi la única fuente de ingresos han sido las ofrendas. Con las ofrendas se mantiene a la iglesia local, al pastor, a institutos de educación, a la “jerarquía” de la iglesia, y a las misiones. Todo esto es muy noble; no se “vende” el Evangelio, cobrando a la gente por servicios prestados, ni se exige que paguen impuestos para sostenerla, sino que todo sale de la buena voluntad de los miembros.

Sin embargo, este sistema casi no ha funcionado fuera de los Estados Unidos. En los Estados Unidos, hay más dinero y más recursos económicos., No ha funcionado en otras partes de América ni del mundo, con pocas excepciones. Esto se debe al hecho de que las comunidades no gozan de los mismos recursos que los norteamericanos. Por lo tanto, las Iglesias Luteranas en América Latina han dependido fuertemente de subsidios exteriores.

Por lo general, lo mismo ha ocurrido dentro de las otras iglesias Protestantes. La diferencia es que algunas sí han alcanzado el autosostén económico en América Latina. Son pocas las que lo han hecho. La mayoría sigue dependiendo en parte de fondos norteamericanos.

Los nuevos grupos religiosos

Los nuevos grupos religiosos emplean diferentes formas de autosostén. Como la mayoría son de los Estados Unidos, hay muchos recursos para sostener a la iglesia y a sus dirigentes. Entre los Testigos, se sostienen localmente por las ofrendas y por la venta de materiales, aunque mucho del dinero de las ventas es enviado a Estados Unidos. Sin embargo, no tiene un clero que sostener, ya que no hay ministros a nivel local que vivan del ministerio. Así también es entre los Mormones, y entre algunos Pentecostales.

Aparte de las ofrendas, estas iglesias también tienen a veces negocios, inversiones, corporaciones, etc., que les dejan mucho dinero.

Conclusiones

Si una iglesia va a estar fuerte, tiene que sostenerse económicamente. Una iglesia que depende del subsidio exterior siempre va a ser una iglesia débil.

Por lo tanto, es muy importante que cada iglesia, tanto al nivel local como al nivel regional y nacional, desarrolle un sistema de ministerio que no dependa del exterior. Esto se puede hacer de diversas maneras.

En primer lugar, el ministerio debe ser un esfuerzo colectivo. Si es así, y todos tienen parte en el trabajo, no es necesario tener clero de tiempo completo en cada iglesia. Casi siempre el mayor gasto al nivel local de una iglesia es el sueldo del pastor. Ha sido necesario en el pasado que cada iglesia tenga un pastor de tiempo completo, porque todo el ministerio ha quedado en manos del pastor. Él era el único que podía visitar, predicar, y “atender a la gente” en términos generales. Pero si se reparte el trabajo entre muchos, no es totalmente necesario tener pastores de tiempo completo. Puede haber pastores de tiempo parcial, que también trabajen en otra cosa, o todos pueden tener su otro trabajo y aparte dedicarse a algún aspecto del ministerio pastoral. Aquí es importante la idea de la iglesia como un cuerpo. Si funciona así, como un cuerpo, no es tan necesario tener obreros de tiempo completo.

Una idea como ésta encontrará mucha oposición entre los que siempre se han acostumbrado a tener pastores de tiempo completo. Dirán que eso no puede funcionar, por varias razones. Pero, hay muchos casos de iglesias evangélicas en México en las cuales el pastor no trabaja en el ministerio de tiempo completo. También tenemos los ejemplos de los Testigos de Jehová y los Mormones, que no tienen pastores de tiempo completo, pero que son grupos muy activos. Sí es posible hacer esto, cambiando nuestro modelo de ministerio.

También es verdad que muchas veces la gente no ha aprendido a practicar la mayordomía cristiana. No practican el diezmo, ni se acostumbran a dar cantidades significativas. Es verdad que en muchos casos la gente es tan humilde que no puede dar mucho. Pero por lo general no hay el mismo espíritu de entrega al Señor y de generosidad que había en la Iglesia Primitiva, porque no hay el mismo amor. En algunas iglesias Protestantes, sí se practica la mayordomía, porque es un requisito para ser miembro. Aunque a veces se cae en el legalismo, sí es bueno que se le diga a la gente desde el principio que un cristiano ofrenda generosamente, y para ser miembro de la Iglesia, eso es necesario. Si no se insiste en esto desde el principio, después es casi imposible cambiar a la gente.

Para que todos participen en el ministerio, sería bueno que se practicara un diezmo del tiempo también. Si tomamos en cuenta las horas que uno pasa despierto (sin contar las horas en que duerme), la décima parte del tiempo sería alrededor de 10 horas a la semana. Se podría fijar esa cantidad de tiempo, u otra, y pedirle a la gente que durante la semana se dediquen ese número de horas a trabajar en algún aspecto del ministerio—tanto en la capacitación personal como en el trabajo en sí.

No se puede dejar de enfatizar la mayordomía. La mayordomía es el corazón del cristianismo. Cuando no hay mayordomía, no hay entrega al Señor; no hay amor. Y cuando no hay entrega ni amor, tampoco hay mayordomía. Es muy obvio que las iglesias en las que se insiste en el diezmo, son las iglesias que más trabajan y más crecen, porque insisten en la entrega de uno mismo al Señor. Pero las iglesias tradicionales que no practican el diezmo ni la mayordomía son las iglesias en las que la gente menos trabaja. Esto es porque en esas iglesias la gente nunca aprende a dar de sí misma.

Otro punto muy importante es que una buena parte del dinero se debe emplear para ayudar a los necesitados. Esto era clave en la Iglesia Primitiva. Los grupos como los individuos tienden a caer en el egoísmo, y es común que una comunidad se preocupe más por sí misma que por los demás. Cuando sólo se destinan los fondos a la preservación de la comunidad, la comunidad se vuelve egoísta; desaparece el amor.

Estos principios son muy importantes. En la Iglesia Primitiva, había mucho amor y mucho sentido de comunidad, porque todos ofrendaban generosamente, dando dinero y dando de sí mismos. Ofrendaban mucho porque amaban mucho; y amaban mucho porque ofrendaban mucho, y porque tenían ese espíritu de entrega al Señor Jesucristo. También había ese gran amor porqué el dinero no era para ellos mismos, sino para los demás. Si uno gasta dinero en los demás, aprende a amarlos y a entregarse por los demás. La iglesia no era egoísta; reconocían que si iba a seguir siendo una comunidad de amor, tenían que mostrar ese amor a otros. Cuando dejaba? de hacer esto, dejaría de ser una comunidad de amor.

Al mismo tiempo, hay un problema. Se supone que entre más dinero haya, más ministerio se puede hacer. Pero el dinero crea intereses. Puede crear envidias, avaricia, codicia, y un sin fin de males. Entre más dinero hay, más problemas tienden a crearse.

Por una parte, entonces, se debe buscar todas las formas posibles para generar fondos. Si se puede usar de inversiones, de negocios, etc., para generar fondos, entonces habrá más dinero disponible para servir. Lo único que se debe evitar es de alguna forma cobrar por los servicios de la Iglesia. La Iglesia no debe “vender” el Evangelio como negocio.

Pero, al mismo tiempo, hay que tratar de evitar los problemas ;causados por el dinero. ¿Cómo se puede hacer esto? No es fácil, pero hay algunos principios que pueden implementarse. En primer lugar, se debe tratar de evitar que miembros de la comunidad se beneficien del dinero. Si algunos se benefician, se van a crear envidias y celos. No siempre es posible poner esto en práctica, pero se debe intentar.

En segundo lugar, ningún dirigente debe hacerse rico. En todas las iglesias, los más altos tienden a hacerse más ricos. Esto puede destruir a la iglesia. Nadie se debe hacer rico con el dinero de la comunidad. Finalmente, se debe enfatizar mucho el amor y la entrega. Si siempre se enfatiza esto, y el énfasis es en dar y no en recibir, se evitarán más los problemas. En lugar de sentir celos cuando se le ayuda a otra, persona, los miembros deben regocijarse. Si la comunidad está unida en amor, se evitarán mejor los problemas ocasionados por el dinero. Pero esto nunca es fácil. Otro punto que debemos notar es que el manejo del dinero debe ser a la vista de todos. Todos deben saber para qué se usa él dinero, y habrá que rendir cuentas para cada peso recibido y

gastado. Esto no se hace en muchas iglesias, y eso no está bien, porque el dinero pertenece a la comunidad entera, y no a los dirigentes o al tesorero.

A veces uno no se da cuenta del daño que se hace a la congregación cuando miembros de la congregación no manejan los fondos, sino sólo el pastor. La congregación entonces no quiere ofrendar, porque no saben para qué se usa su ofrenda. Se refuerza el sistema paternalista, en que la gente no tiene ninguna palabra en cómo se usará el dinero. La gente no aprende a manejar las finanzas para ayudar a otros. Es muy dañino para la iglesia no dejar que la congregación maneje los fondos.

Es necesario también evitar la costumbre de regalar cosas. Los regalos tienden a crear dependencias y conflictos. Tanto para los miembros de la comunidad como para los de afuera, cualquier ayuda debe requerir algún esfuerzo de parte del que recibe la ayuda, de ser posible. Si no se hacen las cosas así, se crean “mendigos,” tratando a la gente necesitada como gente inválida y gente que no tiene ningún valor, porque no puede ayudarse a sí misma y tiene que depender de los demás.

Sin embargo, jamás se debe ayudar a la gente con la condición de que asistan a la Iglesia. Esta práctica es muy dañina. En primer lugar, da la impresión de estar comprando a la gente. Eso no es amor por los demás, sino sólo interés. La gente de afuera no ve esa ayuda como una expresión de amor, sino como un intento de comprar a la gente. En segundo lugar, cuando la gente se une a la iglesia sólo porque ha recibido ayuda y espera recibir más, se crean problemas muy serios. La gente sigue esperando ayuda toda la vida de la iglesia. Si se acaba la ayuda, la gente se va. Y la mentalidad que se desarrolla es la de sólo querer recibir, y no la de dar. Ese es el problema más serio. En la iglesia, es necesario que toda la gente tenga un espíritu de sacrificio, de querer dar de sí misma; pero si entran con un espíritu de egoísmo, buscando más ayuda solamente, esa iglesia va a estar en malas condiciones. La gente nunca aprenderá a dar. No es coincidencia que las iglesias fundadas en ese sistema de trabajar, de regalar cosas para que la gente asista, siempre están llenas de problemas, y la gente jamás tiene interés en dar, en practicar la mayordomía, y en ayudar a otros.

Por lo tanto, hay que insistir desde el principio que el que entra a la iglesia tiene la obligación de dar. Una vez más, esto no es legalismo. Es el compromiso cristiano. “El que no pierde su vida por mí... no puede ser mi discípulo... El que no deja todo lo que tiene... no puede ser mi discípulo.” Seguir a Jesús cuesta. Y si alguno no quiere pagar el precio, no puede estar en la comunidad. Así se preserva pura la comunidad, y se preserva el espíritu de amor y servicio. De otra forma, si no se insiste en ese espíritu de dar y no de recibir, son inevitables los celos, las envidias, los pleitos, etc. Habrá de todo menos el amor, porque amar es dar, es entregarse.

En fin, el énfasis tiene que ser el de dar y entregarse a Dios y al prójimo por completo. Y hay que buscar un sistema de ministerio que involucre a todos los miembros, y no sólo a un pastor o dirigente. Aun en los casos cuando la iglesia sí puede sostener a un pastor de tiempo completo, se debe cuidar mucho de que no se le deje todo el ministerio a ese individuo, sino que él solo coordine el ministerio de todos los miembros y los capacite para hacer ese ministerio. Es muy importante cambiar el sistema tradicional de ministerio, para asumir un modelo en el cual la iglesia sea un cuerpo en el que todos tienen alguna función que cumplir.

CAPÍTULO OCHO

LAS MISIONES

Una de las tareas principales de la Iglesia a través de los siglos ha sido la de fundar misiones. Las misiones son una señal de vitalidad en la Iglesia, ya que cuando la Iglesia está en buenas condiciones, tiende a expandirse. Desde el principio, la Iglesia cristiana ha sido una Iglesia misionera. Los cristianos siempre han sentido la necesidad de predicar el Evangelio “por todas partes del mundo.” Vamos a ver cómo se hacía la obra misionera en las distintas etapas de la historia de la Iglesia.

La Iglesia Primitiva

Tenemos ejemplos de misiones y misioneros en el Nuevo Testamento, cuando la Iglesia creció rápidamente. El ejemplo más conocido y más importante es el de San Pablo. Hay algunos principios muy importantes en el trabajo de San Pablo.

En primer lugar, no andaba solo nunca. Siempre andaba con otros, como Silas, Bernabé, Lucas, y Timoteo.

En segundo lugar, siempre era enviado por una iglesia “madre.” Era enviada por la Iglesia de Antioquia al principio (Hechos 13:1-3). Aparentemente su carta a los romanos tenía el fin de que la iglesia de Roma lo “auspiciara” en su viaje a España para hacer obra misionera allí.

En tercer lugar, San Pablo no dependía de la misión para vivir. A veces la misión lo ayudaba un poco, pero generalmente recibía sostén de la iglesia que lo enviaba, de otras iglesias en la región, o trabajaba en su oficio de fabricante de tiendas.

En cuarto lugar, San Pablo no ofrecía nada a los individuos que él ganaba para el Evangelio. No les ofrecía dinero, ni un templo, ni ayuda para otras cosas. Al contrario, los nuevos cristianos tenían la responsabilidad de dar, para ayudar a los necesitados, y no recibían nada. Les pedía ofrendas para llevar a iglesias necesitadas.

En quinto lugar, San Pablo no llegaba a alguna ciudad para ser el nuevo pastor (u obispo) de la iglesia que él formaba. Más bien, él llegaba a formar la comunidad, pero luego los dirigentes tenían que salir de esa misma comunidad, por lo general. Él insistía en que ellos mismos formaran su propio sistema de ministerio. Desde el principio, la comunidad era autosuficiente económicamente. No dependía de ningún tipo de ayuda económica o subsidio.

En sexto lugar, San Pablo entrenaba a los nuevos dirigentes, y luego se iba a otro lado a comenzar una nueva misión. A veces se quedaba muy poco tiempo en un lugar—6 meses o un año, y ya después de eso dejaba una iglesia formada y unos ministros preparados para encargarse de la dirección del trabajo. Por supuesto, generalmente trabajaba con gente que ya conocía el Antiguo Testamento, y por eso era más fácil prepararlos en poco tiempo.

En fin, lo importante es que San Pablo siempre tenía la meta de crear una comunidad autosuficiente desde el principio, que no dependiera de nada ni de nadie para seguir funcionando y seguir ejerciendo el ministerio en diversas formas. No creaba comunidades que dependieran de

él, sino que dejaba comunidades que podían no sólo sostenerse a sí mismas, sino también seguir creciendo y formando otras comunidades en la región.

La Iglesia Católica Medieval

El trabajo misionero de la Iglesia continuó durante toda la Edad Media.

La Iglesia se iba extendiendo principalmente al norte de Europa, y a los países de lo que hoy es Europa Oriental. También hubo bastante trabajo misionero en el oriente: China, la India, etc.

La forma de hacer misiones era de enviar a uno o dos individuos (generalmente eran frailes) para tratar de ganar a la gente al cristianismo. Muchas veces se trataba primero de ganar a los gobernantes de los pueblos, porque una vez que el gobernante aceptaba el cristianismo, el resto de su pueblo también lo aceptaba. A veces se forzaba a los nativos a aceptar el cristianismo, como fue el caso en América Latina.

Cuando se ganaba a un pueblo, muchas veces después se enviaban a más frailes para continuar el trabajo. Aunque después de muchos años se desarrollaba un clero nativo, al principio las misiones siempre eran dirigidas por los misioneros por muchos años, porque se desconfiaba de la capacidad de los nativos.

Los frailes por lo general llegaban sin ofrecer ningún tipo de ayuda material. A veces ofrecían nuevas tecnologías, pero no llevaban bienes.

La Iglesia Luterana

La Iglesia Luterana generalmente no ha sido una iglesia misionera. Por supuesto, sí hubo algunos esfuerzos en el pasado, pero fueron pocos hasta principios de este siglo. En la Iglesia Luterana, las “nuevas misiones” generalmente han sido iglesias organizadas entre inmigrantes que ya eran luteranos.

El que llegaba a un pueblo donde había muchos alemanes luteranos sin iglesia para juntarlos y construir un templo era el “misionero.” Pero esto no era la conversión de personas nuevas.

En este siglo, ha habido más obra nueva, particularmente de parte de las iglesias luteranas norteamericanas. Sin embargo, ha habido diversos resultados. Aquí podemos hablar de México como un ejemplo bastante típico de la obra misionera entre personas que no eran de origen luterano.

Primero, se entrenaron pastores, y los mandaron a abrir misiones. Esto lo hicieron algunos mejor que otros, y se emplearon diversas maneras de trabajo. Los pastores recibían un buen sueldo de los Estados Unidos. Sin embargo, no enseñaban a los miembros de la comunidad a ofrendar, evangelizar, y sostener a su iglesia. Si les mencionaban estas cosas, se les hacía poco énfasis. Nunca hubo (hasta hace poco) esfuerzos por hacer que las iglesias fueran autosuficientes económicamente.

Se les enseñaba a los miembros que el pastor hace el trabajo de ministerio en el lugar de la congregación. Esto hacía que los miembros asumieran un papel totalmente pasivo. El sistema era

el mismo sistema paternalista que ha habido en la Iglesia Romana. El pastor tenía que hacerlo todo, y los miembros no tenían la responsabilidad de hacer nada. Aunque este sistema es el mismo que se usaba en los Estados Unidos, en México se llevó ese sistema a un extremo. En los Estados Unidos, los miembros siquiera hacían el trabajo de administración, tenían Consejos Parroquiales activos, junta de votantes, y todos aceptaban responsabilidades económicas. Pero en México no había nada de esto. El pastor era el que administraba, el que manejaba la tesorería, el que cuidaba las propiedades, el que tomaba todas las decisiones sin consultar a la congregación. Los miembros nunca tomaban decisiones, nunca hacían reuniones para discutir asuntos, nunca manejaban los fondos. Todo lo hacía el pastor.

Las iglesias en el Sínodo Luterano de México nunca han sido realmente de los miembros. Ellos no han tomado las decisiones. No han pagado al pastor. No han administrado. No han manejado los fondos. No han construido su templo, sino que fue construido por ellos, casi sin ninguna participación de ellos; de hecho, en algunos casos, la congregación no quería que se hiciera un templo, o que se hiciera en la localidad en donde se construyó.

En muchos casos, los miembros ni saben cuánto gana su pastor. Los miembros han sido aislados de todas estas decisiones y responsabilidades.

En lugar de ayudar a los miembros, esto ha causado muchísimo daño a las iglesias. La obra se ha estancado en gran parte. Los miembros quieren que el pastor haga todo el trabajo. No quieren sostenerlo económicamente. No quieren evangelizar. No quieren hacer estas cosas porque en el pasado no se les pedían estas cosas. Ahora les quieren “cambiar las reglas del juego,” y ellos se oponen. Muchos dicen: “Cuando yo entré, cuando estaba fulano de pastor, nunca se nos pedía nada, y ahora no dejan de pedir para todo.” No les gusta.

En el pasado, se les enseñó a los pastores mexicanos que practicaran el mismo sistema que en los Estados Unidos. No les enseñaban a evangelizar o a dirigir estudios bíblicos. De hecho, casi no se usaban los estudios bíblicos. Ellos, en torno, enseñaron todo esto a los nuevos miembros. Les enseñaron que su única responsabilidad era de asistir a la iglesia. No era necesario que ofrendaran, diezmaran, estudiaran la Biblia, oraran, desarrollaran una vida devocional privada, etc. Si de vez en cuando les mencionaban que debían hacer estas cosas, no se les enseñaba a hacerlas, ni se hacía mucho hincapié.

El subsidio total que se ha practicado tiene mucha de la culpa de todo esto. Se acostumbró a la gente a no dar nada, ni de dinero ni de sí mismos. Se les enseñó a tomar un papel totalmente pasivo en el trabajo de la iglesia, y también en la administración. Hasta se les ocultaba cosas que “no debían saber, porque les haría daño.” Cuando la gente se acostumbra a no participar, y hasta se les prohíbe participar, no permitiendo que tomen decisiones ni haciendo caso a sus ideas y opiniones, siempre tomarán un papel pasivo. Se acostumbran a no dar nada de sí mismos; no practican la mayordomía de dinero o de tiempo. Y por esta misma razón, no aprenden a amar. No aprenden a dar de sí mismos, y por lo tanto no quieren tomar un papel activo en la iglesia. Quieran ser objetos del ministerio únicamente, y no sujetos.

Entonces, por todo esto, y en particular, por el subsidio completo, no hay entrega a Dios en la iglesia. No hay interés en ayudar a los demás, sino sólo ser ayudados. No hay interés en

evangelizar. No hay interés en que crezca la iglesia (¿para qué, si así estamos a gusto?). No hay discipulado. No hay la idea de “negarse a sí mismo para seguir a Jesús” (Marcos 8:34), porque jamás se le pide a la gente que se niegue a sí misma, que haga un sacrificio, que “pierda algo por Jesús y por la causa del Evangelio” (Marcos 8:35). Por culpa del subsidio y el sistema de ministerio implantado, los miembros nunca han aprendido a amar a Dios ni al prójimo, sino que se han vuelto egoístas. Siempre ha habido miedo de pedirle a la gente, por temor de que se enoje y se vaya. Todo se les ha dado completamente gratis. Se les da el pastor gratis, el templo gratis, los materiales gratis, hasta el transporte a la iglesia se les da gratis, a veces. Y cuando nunca tienen que poner nada de su parte, y de repente se les pide que den algo, se molestan. Quieren seguir recibiendo todo gratis.

Un principio muy importante es que si se comienza enseñándole a la gente una cosa, y después se les comienza a enseñar otra cosa, se crean problemas muy serios. Eso es lo que ha pasado en México. Primero, no se les enseñó a ofrendar, a evangelizar, a estudiar la Biblia, y a practicar una vida devocional privada. Se les ha enseñado que no deben sostener al pastor. Y ahora, de repente se les comienza a enseñar todo lo contrario. Se les enseña que sí tienen que ofrendar y evangelizar, y eso no les gusta. Se les invita a estudiar la Biblia y a practicar una vida devocional, y no les interesa. Se les dice que deben mantener a su pastor, y se molestan. Se comenzó a hacer las cosas de una manera, y luego les “cambiaron el juego,” y no estén de acuerdo.

No se puede comenzar enseñándoles una cosa y después enseñarles otra cosa contradictoria. No se puede comenzar creando una iglesia totalmente dependiente de ayuda extranjera y después querer que esa iglesia no sea dependiente. Primero se les enseñó a ser dependientes, y luego se les enseña a no ser dependientes. ¿Cómo van a aceptar eso? Si se va a crear una iglesia no dependiente, los miembros tienen que aprender a no ser dependientes desde el principio. Es casi imposible que después puedan cambiar de parecer. Otro error que se ha cometido es que los “misioneros” se quedan como pastores de la congregación que forman. Hemos visto que esto no se hacía en la Iglesia Primitiva. Los misioneros como Pablo no formaban iglesias para luego ser pastores de esas iglesias. Al contrario, insistían en que los nuevos miembros desarrollaran su propio ministerio, que no dependiera del misionero después de algún tiempo.

Esto no se ha hecho porque siempre se ha insistido en el alto nivel de preparación de los pastores, y por lo tanto, no se podía permitir que la iglesia desarrollara su propio ministerio, porque no habría gente con ese alto nivel de preparación. Al mismo tiempo, había que insistir en el alto nivel de preparación para el pastor, porque todo el trabajo lo tenía que hacer él, y por eso tenía que estar bien preparado.

Un problema más que hay que mencionar es que a veces ha existido la tentación del dinero para los pastores. Se les ofrece un salario mucho más alto de lo que estaban ganando anteriormente. Esto puede crear la tentación para cualquiera de entrar al ministerio, porque puede parecer una “vida fácil.” Al mismo tiempo, es imposible que las congregaciones sostengan al pastor a ese nivel.

En fin, estos son algunos de los problemas creados por el sistema de trabajar que se ha implantado en México. Probablemente existen los mismos problemas en otros países donde se ha

hecho el trabajo misionero de la misma forma. Los problemas son muchos, y todos se deben al sistema de formar misiones que se ha utilizado.

Los nuevos grupos religiosos

A diferencia de la Iglesia Luterana, otras iglesias y grupos religiosos sí han hecho grandes esfuerzos misioneros que han tenido mucho éxito. En particular, los nuevos grupos como los Testigos de Jehová, los Mormones, y los Pentecostales han crecido enormemente. Y han crecido en gran parte porque emplean muchos de los mismos principios que la Iglesia Primitiva.

En primer lugar, el que se une a uno de esos grupos sabe desde el principio que no puede ser miembro si no trabaja y si no coopera en lo económico. Así era en la Iglesia Primitiva. No se puede ser miembro sin entregarse a la obra.

En segundo lugar, las iglesias son propiedad de las mismas comunidades, particularmente entre los Testigos de Jehová y los Pentecostales. Cuando reciben ayuda, muchas veces es de las otras congregaciones nacionales. De todas maneras, sí reciben ayuda, pero ellos saben que después ellos mismos tendrán que ayudar a otros. Se les da, pero también se les dice que ellos tendrán que dar. Esto también crea un espíritu de hermandad entre las congregaciones, y se ayudan mutuamente. (En el S.L.M., las iglesias no se ayudan entre sí, y por lo tanto no hay ese espíritu de hermandad entre ellas.)

En tercer lugar, siempre trabajan en equipos, como San Pablo. Los miembros de esos grupos nunca andan solos.

En cuarto lugar, no temen darles responsabilidades a los nuevos miembros. Uno no tiene que esperar a que un obrero se gradúe del seminario. Todos se ponen a trabajar. Reciben su educación a nivel local, sin asistir a una escuela. Saben que tienen que dedicarle mucho tiempo al estudio, y también al trabajo de la iglesia.

Lo sorprendente de los Testigos de Jehová es que en uno o dos años de estudios locales, ya conocen mucho. Aunque el contenido es muy inadecuado según nuestro punto de vista, su forma de trabajar demuestra que sí es posible capacitar a obreros, evangelistas, etc., con conocimientos más que adecuados, sin que asistan a un seminario.

Lo importante de todos estos grupos es que su trabajo no depende de ninguna manera de un subsidio. Todo el trabajo está en manos de los "misioneros." Se duplican sus templos rápidamente, porque todos están involucrados en el trabajo; todos cooperan con tiempo y dinero. Por eso, no necesitan de un subsidio para pagar a alguien que "haga su trabajo en lugar de ellos." Todos trabajan, y por eso, los grupos crecen rápidamente.

En fin, estos grupos siguen un sistema de trabajo que les permite crecer. Muchos creen que el secreto de su crecimiento es su forma de culto (en el caso de los Pentecostales), o su doctrina, en el caso de los Testigos y los Mormones. Pero eso no es verdad. Los Testigos crecen tan rápidamente como los Pentecostales, y no tienen un culto nada parecido. Los Pentecostales crecen tan rápidamente como los Testigos, y no enfatizan tanto las doctrinas y los cursos en los hogares. Lo que permite que estos grupos crezcan no es otra cosa que su modelo de ministerio:

todos trabajan, todos tienen que cumplir con sus responsabilidades, y todos reciben capacitación. Estos son los aspectos que deben ser estudiados de estos grupos para saber por qué crecen.

Conclusiones

De todo lo anterior podemos concluir que nuestro sistema de fundar iglesias tiene que cambiar. Hay mucho que se puede aprender del sistema de la Iglesia Primitiva y de los nuevos grupos religiosos.

En primer lugar, es necesario crear comunidades que no sean dependientes de ayuda extranjera. Tienen que aprender a valerse por sí mismas. Tienen que desarrollar su propio ministerio. Tienen que crecer por sus propios esfuerzos. La iglesia tiene que ser del pueblo.

Al mismo tiempo, debe haber un esfuerzo por crecer. Para crecer, se necesitan modelos de ministerio que permitan crecer. El modelo que se ha usado en la Iglesia Luterana en México es un modelo que no permite crecer. Hay que dar más autoridad a la gente. Hay que involucrar a todos en él trabajo. Hay que enfatizar la idea de la comunidad, y del cuerpo de Cristo.

Uno de los sistemas que debe cambiar es la educación. El sistema de seminario presenta ciertas ventajas—una preparación profunda, por ejemplo, y más intensiva. Pero presenta un mayor número de desventajas. Muchas veces la educación teológica en el seminario es demasiado teórica, y tiene poco que ver con la realidad. Es mucho muy costoso mantener un seminario, particularmente si se dan becas a los estudiantes. No se sabe si los estudiantes serán buenos pastores o no, porque no tienen práctica. Muchas veces no tienen vocación de pastor, pero eso no se sabe hasta después de su ordenación, cuando ya es tarde; no se puede “desordenarlos.” Se separa la práctica de la teoría en el seminario. Se cierra la educación teológica a la gran mayoría de la gente; sólo pueden estudiar teología los hombres, los que tienen cierto nivel de preparación (secundaria o preparatoria), y generalmente sólo es para los jóvenes, no para gente mayor que tiene familia. Uno estudia únicamente antes de ejercer el pastorado, y después ya no se estudia.

¿Cómo sabe uno lo que le conviene estudiar y aprender antes de comenzar a ejercer el ministerio? Se necesita más el estudio una vez que uno ya está trabajando como pastor, enfrentando los problemas. En el seminario, se les da un alto nivel de preparación, pero por eso, después hay que darles un salario muy alto, porque ya son “profesionales,” con una licenciatura o con estudios muy avanzados. Si son profesionistas, entonces tienen que recibir un salario de profesionista. Se les acostumbra a vivir en ese nivel, y luego no se les puede dar menos. Y más que nada, el único sistema de ministerio que permite el seminario es el sistema tradicional: un hombre hace todo el trabajo en la congregación, y los demás miembros no hacen nada.

El sistema de Educación Teológica por Extensión, por lo tanto, presenta muchísimas ventajas. TODOS pueden estudiar a nivel local, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, los que tienen mucha preparación formal y los que tienen poca. Se permite así que todos participen en el ministerio, y no sólo el único que tiene preparación, el pastor. Todos pueden desarrollar sus dones y ser capacitados para ayudar en el ministerio de la iglesia. Es un sistema que no depende de grandes cantidades de dinero. Se combina la teoría con la práctica. No se “desculturiza” a los estudiantes. Se ve desde el principio quiénes tienen ciertas vocaciones, y quiénes no, y qué dones tiene cada uno que debe desarrollar. Uno sigue estudiando toda la vida, y estudia mientras ejerce

el ministerio, cuando sabe lo que necesita y lo que le hace falta aprender. Uno no cambia de su nivel socio-económico, ni se separa de la comunidad. Todo esto se parece al sistema empleado en la Iglesia Primitiva.

La aparente desventaja de la Educación Teológica por Extensión es que el nivel de estudios no es el mismo que el nivel del seminario. Pero esto no es necesariamente verdad.

En primer lugar, hemos notado que grupos como los Testigos de Jehová ofrecen y alcanzan un nivel bastante amplio de conocimientos en poco tiempo. Esto es porque enfatizan mucho el estudio para todos desde el principio. Todos tienen que estudiar intensamente durante toda la vida entre los Testigos de Jehová. Esto no lo hemos hecho nosotros.

En segundo lugar, el programa de Educación Teológica por Extensión no es tan intensivo como el seminario. Pero el hecho de que no es tan intensivo no significa que es menos completo. Uno puede alcanzar el nivel de estudios que alcanzaría en un seminario; sólo que no puede alcanzar ese nivel en la misma cantidad de tiempo. Lo que un seminarista aprende en 2 o 3 años tarda por lo menos lo doble en la Educación Teológica por Extensión, a menos de que se haga de una forma muy intensiva. Pero durante ese tiempo, la Iglesia no está privada de ese obrero-estudiante. No queda desculturizado. Y más que nada, se forma un pastor, y no sólo un teólogo en el sentido tradicional de la palabra. Es un pastor, porque sabe hacer ministerio; sabe estar con la gente, servir a las necesidades, y tratar a los demás. Nada de esto se aprende en un seminario. Lo que se aprende en un seminario es teología, ideas, y doctrinas. Pero un pastor es mucho más que eso. ¡Cuántos pastores han salido de seminarios que saben muy bien hablar de teología, pero no saben tratar a la gente!

El seminario puede tener alguna función, pero tendrá que cambiar. Puede servir para cursos intensivos, o para crear maestros, o para ofrecer educación a un nivel más alto que el nivel común. Pero el seminario tendría que ajustarse a las necesidades de la Iglesia.

Hay muchos otros cambios que deben hacerse en nuestra forma de trabajar. En las siguientes páginas examinaremos más a fondo un nuevo sistema de hacer ministerio. Lo que queremos notar aquí es que no es suficiente hacer pequeños ajustes en nuestra forma de hacer ministerio. No es suficiente que la gente ayude un poco más, o que ofrenden un poco más, o que se les permita participar un poco más en el culto. Es necesario que todo el sistema cambie. No se necesitan cambios superficiales, sino profundos.

CAPÍTULO NUEVE

HACIA UN NUEVO TIPO DE IGLESIA

Ya hemos visto que los problemas que hay en nuestras iglesias luteranas (y en otras también, tanto católicas como protestantes) no son sencillos. Son profundos y complejos. Tienen que ver con todo un sistema de trabajar y hacer ministerio.

En este último capítulo, vamos a proponer una nueva forma de fundar iglesias y llevar a cabo el ministerio. Primero consideraremos las formas en que se podría comenzar nuevas misiones. Después veremos las formas en que se podría comenzar a tomar pasos hacia la renovación de las iglesias ya establecidas.

El comienzo de una nueva misión

Para comenzar una nueva misión, o iglesia (en el sentido de una comunidad local), sería bueno designar a un equipo de misioneros; por lo menos dos, pero hasta tres o cuatro. La característica principal de estos misioneros debe ser un gran amor y cariño hacia los demás, y un deseo de servir. También deben tener preparación en cuanto a formas de involucrar a los demás en el ministerio, y conocer bien los objetivos que se pretenden alcanzar. Sin embargo, lo más importante es que amen de todo corazón a los demás. Uno que no ama así, por más que conozca, no debe dedicarse a este trabajo.

El trabajo podría comenzar en los hogares. Habría que tratar de reunir a familias (no sólo a las señoras, o a los niños, sino también al señor de la casa, a los jóvenes, y a todos los miembros de la familia). Si se reúne al señor de la casa, uno tenderá a reunir a los demás miembros, también. Se debe comenzar con pláticas. Se podría tener unas 3 o 4 pláticas, poniéndose de acuerdo con la familia de antemano que sólo serán pocas pláticas. Después de ese número de pláticas, se decidirá si se debe seguir o no. Tal vez la familia no querrá seguir, o tal vez el misionero no querrá seguir.

El contenido de las pláticas es de suma importancia. No deben ser de cualquier tema, ni de temas tradicionales (la veracidad de la Biblia, cielo e infierno, etc.). El tema principal debe ser el amor y la comunión. Se debe hablar de cómo Dios nos ama, y cómo él nos creó para vivir en comunión con nosotros. Hay que enfatizar que ése fue el propósito para el cual nos hizo. Hay que enfatizar que lo que Dios desea con nosotros no es otra cosa que esa comunión, y que eso es lo que quiere en la familia y en todos los aspectos de la vida.

Después de eso, se hablaría de los requisitos para que exista esa comunión. Para que esa comunión exista, dos cosas son necesarias: que amemos a Dios y que amemos a los demás. Esto lo podemos hacer en Cristo. Hay que explicar que “amar a Dios” significa: entregarnos a él, con todo lo que somos y todo lo que tenemos. Y “amar al prójimo” significa interesarnos por el bienestar de los demás, sirviéndolos y ayudándolos.

Se les debe invitar a conocer esta comunión, y recalcar que es lo más hermoso del mundo; que no hay nada mejor. No vivir en esa comunión es privarnos de todo lo bueno que Dios nos quiere dar. Nada se puede comparar al gozo, la paz, y la felicidad que esa comunión ofrece.

Finalmente, se debe hablar de la comunidad cristiana. Se debe decir que esta vida es una vida en comunidad. La comunidad cristiana es el cuerpo de Cristo, la unión de todos con Cristo, la presencia de Cristo en el mundo. Vivir unido a Cristo significa vivir unido a su cuerpo, la iglesia.

Por supuesto, es inevitable que se toquen otros temas. Pero es necesario siempre volver al tema del amor. Ese tema tiene que ser el centro de todo lo que se hable.

Al decirle a la gente que ser cristiano significa formar parte de una comunidad cristiana, tendremos que ofrecerle esa comunidad. Se les puede decir que si quieren pueden buscar esa comunidad en alguna iglesia; si encuentran esa comunidad, en la que todos viven unidos en amor, pueden quedarse en esa iglesia. Lo más probable es que no la encuentren, porque es difícil encontrar ese tipo de iglesia. Entonces, se les puede comunicar que el misionero está tratando de formar ese tipo de comunidad cristiana, y luego Invitarlos a formar parte.

Es importante notar que no estamos tratando de “robar” a gente, de otras iglesias. Al contrario, lo que queremos es que sí encuentren ese tipo de comunidad. Si ya pertenecen a una iglesia, y están contentos allí, debemos respetar sus deseos (si es una iglesia cristiana). Lo que pretendemos simplemente es que cada creyente tenga la oportunidad de participar en una comunidad cristiana donde se practica el amor y la comunión. Y si queremos formar nuevas comunidades, es porque creemos que sí podemos formar ese tipo de comunidades. Si después de las pláticas iniciales, tanto la familia como el misionero desean continuar, se entrarían ya en otros temas. Se podría dar a conocer más la Biblia, por ejemplo, y otros puntos relacionados. Sin embargo, no se debe dejar de enfatizar el amor y la comunión. El objetivo de las pláticas debe ser ante todo enseñar a la gente a vivir en comunión con Dios y unos con otros. Se pretende formar discípulos, personas entregadas al Señor que vivan para él y para su prójimo. Se enseña a la gente a seguir a Cristo, y no sólo acerca de doctrinas.

La formación de la comunidad es muy importante. Hay ciertos puntos claves.

En primer lugar, se debe hacer todo lo posible por promover la unidad y el compañerismo. Hay que relacionar a las familias entre sí, haciendo lo posible para que se conozcan, convivan juntos, y aprendan a amarse unos a otros.

Hay que evitar que se formen grupitos aislados de los demás miembros de la comunidad. Esto se hace insistiendo en que se mezcle la gente entre sí. Por ejemplo, en algún evento social, se debe insistir en que los mismos no se sienten siempre con los mismos. Se debe estudiar dinámicas de grupo para interrelacionar a la gente entre sí. Cuando llegan personas nuevas, todos tienen que hacer el esfuerzo por conocer a esas personas, y por integrarlas a la comunidad. Si hay individuos que anteriormente no se han llevado bien, hay que hacer un esfuerzo especial por reconciliarlos entre sí. Para formar una comunidad, es necesario hacer mucho más que juntar a gente. Hay que tomar medidas para que esa gente se conozca, se relacione entre sí, se llegue a querer, y aprenda a trabajar y convivir juntos.

Se debe buscar que la comunidad sea formada por personas que vivan más o menos en la misma área. Uno de los defectos del trabajo luterano tradicional ha sido que muchas veces hay gente dispersada por toda la ciudad, y es muy difícil que esta gente se reúna y conviva frecuentemente.

En los casos de gente que vive lejos del resto de la comunidad, pueden participar por un tiempo, pero sería bueno que después se formara otra comunidad cerca de su casa.

En cuanto a las pláticas, es importante que el misionero siempre trate de entrenar a nuevos obreros desde el principio. Debe llevar consigo a una o dos personas más a las pláticas, para capacitarlas. Al principio, estas personas deben observar solamente. Después podrán practicar poco a poco. El misionero desde el principio quiere capacitar a nuevos obreros, y no trabajar solo. Esto es verdad también en otros aspectos del trabajo—el misionero nunca hace nada sin tratar de involucrar a otros y enseñarles a hacer lo que él hace. Al mismo tiempo que se comienza a formar una comunidad, se les debe insistir que comiencen a poner en práctica el amor. Pueden hacer algunas obras de caridad, dedicar algún tiempo todo el día a ayudar a otros, etc. El misionero, por supuesto, tiene que poner el ejemplo.

En la formación de la comunidad, se debe tomar en cuenta las ideas de los miembros. Por ejemplo, en cuanto al lugar de reunión, que ellos lo decidan entre sí. Que decidan cuándo reunirse, qué hacer en las reuniones, etc. El misionero servirá para orientarlos. Esto es importante, ya que la orientación es muy necesaria. Pero el misionero no decide; sólo orienta. Y los que tienen la última palabra son los miembros, a los cuales el misionero se tiene que someter.

Por supuesto, siempre va a haber desacuerdos, disgustos, diferencias, etc. Esto es inevitable. Pero para esto se tiene que enfatizar desde el principio la humildad y el perdón. Si las pláticas están orientadas en esa dirección, de amar a los demás, perdonarlos, sacrificarse por ellos, etc., y si se insiste en poner estas cosas en práctica, se evitarán muchos de estos problemas. Por eso, es tan importante desde el principio enfatizar el amor, y enseñar qué significa amar en una manera concreta.

También es importante desde el principio recalcar las responsabilidades de todos. Desde el principio se enfatiza el concepto del cuerpo de Cristo, en el cual todos tienen algo que hacer. Se les enseña a compartir lo que están aprendiendo con los demás; se les enseña a dar de sí mismos. Se les enseña que cada uno tiene un ministerio que llevar a cabo en su vida, y no se puede ser cristiano sin esforzarse por cumplir con ese ministerio.

La definición de la comunidad

Después de tomar los primeros pasos en la formación de la comunidad, es importante definir la comunidad. Con esto queremos decir que se tiene que organizar más formalmente la comunidad. Hay que definir quiénes forman la comunidad, cuáles son las responsabilidades de cada miembro, cuáles son los requisitos para entrar a la comunidad y luego para seguir perteneciendo a la comunidad. Por lo general, los mismos que han ido formando la comunidad hasta ese momento pueden tomar las decisiones, aunque una vez más, la orientación del misionero es de suma importancia.

Después de un período de instrucción inicial con diferentes personas y grupos de personas, se debe buscar la manera de juntar a todos los interesados para formar el grupo inicial. Se les puede convocar a una reunión, y luego ellos pueden decidir cuándo y dónde reunirse. El domingo debe ser uno de los días de reunión (si va a haber más de una reunión por semana), y el misionero les explicaría por qué los cristianos se reúnen los domingos. Para formar el grupo, debe haber algún

rito de iniciación. Esto sirve para definir quiénes forman el grupo. Antiguamente este rito de iniciación era el bautismo. Sin embargo, en México, casi todos están bautizados ya. Muchos también han sido confirmados y han tomado su primera comunión. ¿Cuál de los ritos debe servir como el rito de iniciación?

Es recomendable no repetir el bautismo. Lo mejor sería usar la confirmación, aunque ya hayan sido confirmados en otra iglesia. También se podría inventar otro rito sencillo en el cual se les acepta como miembros de la comunidad. El rito debe incluir algún tipo de confesión de fe y también un compromiso o voto a cumplir con los requisitos y las responsabilidades de la comunidad.

La confirmación sí tiene sus raíces en el Nuevo Testamento, mientras otro rito de aceptación no tiene esas raíces. Sin embargo, cualquier de las dos opciones es posible.

En cuanto a los niños y los jóvenes, se debe esperar a que cumplan unos 18 o 20 años para que hagan ese “voto” o promesa. Hasta entonces, serían considerados “miembros interinos”; esto es, serían considerados miembros de la comunidad (con tal de que participaran en la comunidad). Se debe esperar hasta esa edad porque la promesa de cumplir con los requisitos y las responsabilidades no debe ser algo obligado por los padres o familiares. Si se permite, que sean confirmados o iniciados a los 12 o 13 años, la decisión no será suya, sino de los padres. Sin embargo, hasta ese momento, los que tienen menos de 18 años deben ser miembros plenos. Pueden comulgar y participar en todo. Pueden hacer su primera comunión a los 10 o 12 años, o también se puede usar la costumbre de todas las Iglesias Orientales (y algunas otras Iglesias, como algunas Iglesias Anglicanas y Luteranas) de permitir que los niños pequeños comulguen.

Se debe celebrar la Eucaristía en las reuniones tan pronto como haya miembros iniciados. Sólo los miembros iniciados deben comulgar. En la Iglesia Primitiva, sólo los bautizados (iniciados) podrán comulgar, e inclusive los que no eran bautizados tenían que salir antes de la celebración eucarística; no podrán ni observar.

Posiblemente no se querrá ir a ese extremo. Sin embargo, sólo deben comulgar los iniciados, porque de otra forma se pierde toda la definición de la comunidad. Comulgar significa que los que comulgan son uno, un cuerpo, en el que todos viven unidos, todos trabajan juntos, y todos cumplen con sus responsabilidades. Uno que no vive unido a esa comunidad no debe comulgar ahí, porque realmente no está viviendo unido a los demás que comulgan. Entonces, en el Oficio, se puede anunciar que todos los miembros de la comunidad deben comulgar, y explicar bien por qué (porque el comulgar juntos significa vivir unidos, y sólo el que realmente está viviendo unido a los demás puede comulgar con ellos). O hay otras posibilidades, como celebrar los Oficios de comunión a cierta hora los domingos, sin invitar a los no miembros, y después tener otras actividades como estudios, pláticas, etc., para los no iniciados.

Si se deja que cualquiera comulgue, jamás podrá existir la comunidad. No se sabrá quiénes forman parte de la comunidad, y quiénes no. No se sabrá cuáles son las responsabilidades de todos. Para que exista la comunidad, es necesario que todos acepten responsabilidades. No es justo que los que no quieren aceptar las responsabilidades de vivir en comunidad puedan gozar de los mismos privilegios que los demás.

El principio que queremos enfatizar es éste: para que exista realmente una comunidad, es necesario que la comunidad esté muy bien definida. No puede cualquiera formar parte de esa comunidad, porque si se abre a todos sin condiciones, dejará de ser una comunidad. En particular, si va a ser una comunidad basada en amor, sólo se puede admitir a los que se comprometan a vivir en amor. Si no se hace esto, jamás habrá una comunidad unida en amor, porque entrarán personas que no aman, que destruyen la comunidad y el amor en ella. Por eso, hay que controlar la participación.

Esto es verdad para la comunión como también para otras actividades. Hay ciertas actividades que sólo deben ser para los miembros comprometidos. Por ejemplo, sólo los miembros deben asistir a las reuniones de negocios. Aquí la idea no es de excluir, sino al contrario, de incluir sólo a los que realmente quieren comprometerse a vivir en esa comunión. Jamás se excluye a nadie que haga ese compromiso, y constantemente se les invita a todos a hacer ese compromiso. Hay el deseo de incluir a los demás, no de excluirlos. Pero sólo se puede incluir a los que realmente viven comprometidos a cumplir con lo que la comunidad exige.

Por lo tanto, es muy importante que constantemente se expliquen las razones de sólo permitir la participación de los que se han comprometido a vivir en la comunidad. Si no se hace esto, pronto se cae en el legalismo. Se insista que la participación está abierta a todos sin excepción, con tal de que cumplan con los requisitos.

Al hacerse miembro alguno, debe comprometerse a hacer cosas como las siguientes: asistir fielmente, comulgar, ayudar a los demás, ofrendar cierta cantidad todos los meses, etc. Las promesas no deben ser solamente generales, atan específicas. ¿Cuánto se compromete a ofrendar? ¿Cuántas horas por semana se compromete a ayudar a los demás? También debe comprometerse a estudiar y capacitarse para servir. Debe ser un compromiso significativo. Posiblemente la iglesia podrá fijar algunas reglas que regulen la participación mínima de los miembros. Al mismo tiempo, se debe dejar a cada individuo la decisión de cuánto ofrendará, cuánto se compromete a hacer, etc., con tal de que cumpla con lo mínimo.

Si alguno no cumple con lo que promete, se pueden establecer ciertos pasos a seguir- Primero se le puede advertir una o dos veces, luego se le puede suspender de la comunidad; y en el peor de los casos, se le puede excluir (o “excomulgar”). La Iglesia Primitiva tenía este tipo de reglamentos, y exigían que los miembros que fallaban en sus obligaciones cumplieran con ciertos actos de penitencia antes de volver a entrar al grupo. Si uno se ha negado a hacer algún tipo de sacrificio, se le debe exigir que haga ese sacrificio (y más) antes de dejarlo entrar otra vez.

Esto puede parecer una medida muy fuerte, cuando hablamos de advertir, suspender, y excomulgar a la gente. Pero podemos volver al ejemplo de la escuela: lo mismo se tiene que hacer en la escuela cuando uno no trabaja ni hace lo que debe. No lo pueden dejar en la escuela. Al mismo tiempo, no se está forzando a nadie; si uno no quiere ir a la escuela, no tiene que ir. De la misma manera,» en una comunidad cristiana, nadie tiene que participar si no quiere. Nadie está obligado. Cualquiera se puede ir cuando quiera. Pero si uno quiere participar, tiene que aceptar sus responsabilidades y cumplir con ellas.

Esta es la única forma de preservar la comunidad. Si no se hace esto, todo se echa a perder. Si algunos se vuelven flojos, y no quieren trabajar ni cooperar, y se permite que sigan siendo miembros de la comunidad, se echará a perder toda la comunidad. Ya no podrá ser una comunidad de amor y de entrega, y muchos dejarán de amar y de entregarse al Señor y a otros, sin ser excluidos de la comunidad. Una escuela no puede funcionar sin reglas; tampoco puede funcionar una iglesia sin reglas.

En todo esto, es necesario tener un reglamento muy claro, y adherirse estrictamente a él. No puede haber favoritismos. Si no se adhiere uno al reglamento, pero se le trata de una forma distinta que a los demás que no se adhieren al reglamento, se crearán celos, envidias y discordia, destruyendo la unidad. No importa quién sea—aun el pastor, o el miembro fundador de la comunidad. Si no cumple, tiene que recibir las mismas amonestaciones que los demás.

Por supuesto, es fácil caer en el legalismo. El legalismo ocurre cuando lo importante es seguir las reglas, y no el amor. También ocurre cuando se olvida el propósito de las reglas, lo que se llama “el espíritu de la ley.”

Cuando se insiste en las reglas, siempre hay que recordar que esas reglas sólo tienen el fin de mantener el amor y la unidad en la comunidad. Lo que hay que hacer es siempre enfatizar el amor, y que las reglas sirven para que sigan existiendo el amor y la comunión entre todos. No se puede enfatizar esto demasiado. Si se deja de enfatizar, todo se echará a perder. Hay que repetir sin cesar que el reglamento tiene el fin de preservar el amor en la comunidad, de asegurar que la comunidad siga siendo una comunidad pura y llena de entrega al Señor y a los demás. El reglamento jamás es un fin en sí mismo.

Lo que hay que enfatizar particularmente del reglamento es lo que respecta al servicio y las responsabilidades en comunidad. Mientras se siga insistiendo en obras de amor y servicio, también se tenderá a evitar el legalismo, y a asegurar el amor en la comunidad. Se tiene que insistir en una actitud amorosa de todos los miembros hacia los demás. La ayuda a otros es también de mucha importancia; si todos están constantemente haciendo cosas por los demás, no se apagará el amor. Inclusive, todos deben comprometerse a no hablar mal de los demás, a no ofender o insultar, y a siempre perdonar a los demás miembros de la comunidad. Aunque no hubiera un castigo para cada violación del reglamento, se les seguiría recordando a los miembros que prometieron cumplir con todo el reglamento, y que por lo tanto, no deben hablar mal unos de otros, etc. Habría que ver todos estos detalles de un reglamento. Pero aunque nunca se ha usado tal cosa en nuestras iglesias, sería bueno comenzar, para poder preservar bien el amor y la comunidad. Si no hay ningún reglamento, no se podrá preservar la comunidad.

Sería muy importante también que todos sigan estudiando. En primer lugar, todos los miembros deben seguir estudiando temas que ellos vean como útiles o necesarios. Ellos deben sugerir los temas de estudio. Al mismo tiempo, el pastor y los dirigentes reconocerán que hay ciertos temas importantes que la gente debe estudiar, y sugerirán temas. El reglamento diría que el estudio es uno de los requisitos indispensables para ser miembro.

El estudio también debe servir para que todos desarrollen sus dones. Inclusive, no todo el estudio sería dentro de la congregación. Por ejemplo, alguno que quiere ayudar a cuidar a enfermos

estudiará medicina; otro que quisiera ayudar a la gente con problemas estudiará psicología. El que va a administrar podría estudiar algo de administración, o contaduría, o mecanografía. Los que van a asumir papeles de importancia en la comunidad deberían estudiar teología con el pastor o con otras personas, y probablemente deben estudiar otras cosas también, como filosofía, música, idiomas, etc. Por supuesto, estos estudios serían especiales, y serían aparte de los estudios que son para todos los miembros.

Con respecto al lugar de reunión, éste es un problema que el grupo debe solucionar. Hay muchas formas de solucionarlo. Alguien puede donar un terreno; se puede pedir un préstamo; se puede rentar un local. El grupo es el que debe decidir todo, y todo debe hacerse según los recursos que hay disponibles. Esta, como todas las decisiones, debe ser tomada por la comunidad. Al mismo tiempo, es importante que el lugar sea el más hermoso posible, por dentro. No siempre se puede tener un edificio grande y hermoso; pero sí se puede adornar casi cualquier cuarto o salón de una manera que inspire respeto y reverencia. El lugar de reunión debe ser hermoso, porque la adoración es una cosa hermosa. En particular, se pueden poner cuadros religiosos, pinturas, estandartes, velas, etc. que embellezcan el lugar. Debe ser sencillo pero hermoso a la vez.

Los que deseen entrar a la comunidad, una vez que haya sido formada, deben pasar por un período de prueba, en el que estudian y se dedican a obras de amor. Deben tener que cumplir con los mismos requisitos que los demás.

El funcionamiento de las comunidades

Una vez que la comunidad haya sido organizada y comience a funcionar, bajo la supervisión del misionero y los dirigentes, será necesario que el misionero deje a los nuevos dirigentes bien capacitados. El misionero tiene la meta de hacer que la comunidad no dependa de él; quiere que sea autosuficiente tan pronto como sea posible.

Por eso, el trabajo principal del misionero no será el de cuidar a la comunidad, sino de instruir y capacitar a los nuevos dirigentes. Con respecto a los nuevos líderes de la comunidad, el consejo de San Pablo debe ser aplicado: los dirigentes deben ser, ante todo, individuos serios, de confianza, queridos y respetados por todos, tanto dentro como fuera de la comunidad, y que no sean neófitos. También deben tener el tiempo libre necesario para servir, sin descuidar a su familia. Si la comunidad tiene los fondos necesarios, alguno puede trabajar en el ministerio de tiempo completo; si no, puede ser de tiempo parcial. Pero si esto ocurre, es muy importante que se siga el modelo que hemos señalado, en el que todos trabajan, y no sólo uno.

Todo esto será decidido por la comunidad. Ellos deben encargarse de desarrollar su propio ministerio, aunque deben ser orientados por el misionero. Los que se encarguen de dirigir la comunidad, en particular el pastor, deben recibir una buena preparación. Esta preparación debe seguir durante todo su ministerio. El pastor y los dirigentes siempre deben leer mucho y profundizar sus conocimientos, no sólo teológicos, sino de todas las áreas. Las diferentes comunidades desarrollarán entre sí un programa de educación teológica.

La Educación Teológica por Extensión tiene la ventaja de que es un sistema costeable que permite que muchos estudien. Las comunidades tendrían que reunirse para formar un buen programa de educación teológica. Por supuesto, tendrán que desarrollar un programa que ellos

mismos puedan costear y mantener con los recursos económicos y humanos que tengan disponibles. El trabajo del pastor será el de coordinar el ministerio de los demás. Por lo tanto, debe recibir amplia experiencia y amplios conocimientos en todos los diversos aspectos del ministerio, y no sólo en uno o dos.

La comunidad tomará decisiones de una forma democrática. Puede elegir a su pastor, a sus líderes, a un Consejo Parroquial, etc. Su forma de gobierno tendrá que ser determinada por el grupo, al organizarse.

Hay un problema muy grave que puede (y debe) surgir después de algún tiempo: el grupo se hace demasiado grande. Esto es muy importante. Cuando hay demasiada gente, deja de ser una comunidad. La gente ya no se conoce. Algunos “se pierden” en el grupo; alguno está ausente, y casi nadie se da cuenta. Se pierde el control de quiénes están trabajando, lo que cada uno está haciendo, etc. Ya no se puede manejar como una comunidad. Cuando el número de miembros rebasa unos 200, esa iglesia ya no puede funcionar bien como una comunidad, si no se toman medidas precisas.

Este es un error que se ha cometido mucho en la historia. Tal vez es el error más grande que se ha cometido, porque cuando la iglesia crecía mucho pero no se tomaron medidas para preservar los elementos esenciales para la comunidad, las comunidades dejaban de ser verdaderas comunidades. Se hacen tan grandes que no es posible regular a los miembros, insistir en el amor y en la actividad, etc. Hay que evitar que las comunidades se hagan tan grandes; pero al mismo tiempo, hay que seguir siempre estimulando el crecimiento. Lo que pasa muchas veces también es que la comunidad llega a ser de cierto número, y luego todos piensan que ya está bien formada, y ya no hay que trabajar más para hacerla crecer. Esto también es un error muy serio. Cuando se pierden los deseos de crecer y aumentar los miembros de la comunidad, se pierde el amor hacia los demás.

Hay por lo menos dos soluciones a este problema. La primera, y tal vez la más recomendable, es la división de la comunidad en dos. A veces será difícil que los miembros de la comunidad acepten que se divida. Pero hay que explicar por qué es necesario, e insistir en ello. Y si desde el principio, se les ha dicho que algún día se va a dividir la comunidad, cuando llegue a tal número, no habrá tanta oposición. Si no se les ha dicho nada, y de repente se les dice, no les gustará.

Al dividirse la comunidad, quedarán dos comunidades nuevas. Si se ha acordado que se dividirá la comunidad cuando llegue a tener doscientos miembros, se deben ir tomando medidas para prepararse para la división cuando ya se tengan unos 170 o 180 miembros. Por esta razón, es bueno que más de un miembro de la comunidad se esté capacitando para el pastorado. Así uno podrá quedarse como pastor de una de las comunidades, y el otro como pastor de la otra. Esto de dividir el grupo será doloroso para algunos, por supuesto. También podrá haber problemas con respecto a quién se quedará con la propiedad del templo, entre otros problemas. Habrá que buscar la forma de superar estas dificultades, porque es muy importante que las comunidades no crezcan a tal grado de que sean imposibles de manejar.

La división se tendría que hacer según las áreas geográficas. De otra manera, los dos grupos quedarían mezclados entre sí, y no tendría sentido la división.

Existe también otra posible solución. Se podría dividir a la comunidad grande en pequeñas comunidades, que tuvieran alguna relación entre sí, pero que al mismo tiempo fueran más pequeñas. Las comunidades podrían reunirse para el oficio dominical, y usar todos el mismo templo para algunas actividades, pero aparte cada grupo tendría sus propias actividades, su propia organización, su propio pastor, sus propios estudios bíblicos, etc. El grupo sería hasta cierto punto autónomo. En este caso, también podría haber un “obispo,” o algún pastor principal sobre todos los grupos.

Posiblemente se hallarían otras soluciones a este problema. Pero es muy importante insistir en que las comunidades no sean tan grandes que se pierda la noción de comunidad. De otra manera, se echará a perder todo el concepto de comunidad, se apagará el amor, muchos tomarán un papel pasivo perdiéndose entre los demás, y el espíritu de entrega y dedicación desaparecerá. La relación de las comunidades entre sí

Finalmente, será necesario relacionar a las diferentes comunidades entre sí. Ya hemos mencionado que tendrán que coordinarse para la educación teológica. También tendrán que relacionarse entre sí para otras cosas: programas sociales de ayuda, cuestiones económicas, nuevas misiones, etc. Deben cooperar unos con otros y también ayudarse unos a otros.

Si se emplea un sistema democrático, entonces, las iglesias harán decisiones en asambleas, como se usa en el sistema de Sínodos.

Las congregaciones establecidas

Las ideas que hemos mencionado hasta aquí podrían servir bien para la formación de nuevas comunidades cristianas. Sin embargo» hay muchas iglesias ya formadas» en las que no se han practicado estas ideas. ¿Qué hacer en estos casos? Podemos señalar algunos posibles pasos a seguir.

En primer lugar, sería necesario reunir a todos los miembros para estudiar estas ideas, y darlas a conocer. Se podría fijar un mes de renovación, por ejemplo, invitando a todos los miembros a asistir todos los domingos de ese mes para una hora de estudio (aparte del culto). O posiblemente se podría hacer reuniones en distintos hogares de los miembros durante ese mes. Sería bueno también avisarles a los miembros que el que no asista a por lo menos 3 de las 4 sesiones (excepto por cuestiones de fuerza mayor) está demostrando que no tiene interés en ser parte de la comunidad, y ya no será considerado miembro de esa comunidad. En muchas iglesias, jamás se les ha insistido en que asistan a un cierto número de actividades, o que comulgue un cierto número de veces al año. Pero hay que destruir la noción de que uno puede ser miembro de la iglesia sin participar regularmente. No es demasiado que pedir que uno asista a 4 sesiones de una hora. Todo esto tendría que hacerse de una forma muy diplomática. Por eso, hablamos en esos términos: el que no muestra interés en asistir a este mes de renovación está demostrando que no tiene interés en seguir formando parte de la congregación, y por lo tanto, ya no será considerado miembro.

Los estudios que se impartirían durante ese mes se basarían en las ideas que hemos visto en este libro. Ante todo, se tratarían los temas del amor y la comunión como características principales

del cristianismo. Se enfatizaría la idea del discipulado, que ser discípulo de Jesucristo significa negarse a sí mismo, tomar la cruz, seguirle, perder la vida por él y por el Evangelio, dar de sí mismo, vivir todos los días para Dios y para los demás, etc. Se enfatizaría ante todo el concepto de estar en Cristo,” y que si estamos en Cristo, viviremos como él, porque él vivirá en nosotros y nos hará como él. Habría que enfatizar mucho que el que no se entrega así a Dios y a los demás no está realmente en Cristo, recalcando las palabras de Jesucristo: “No puede ser mi discípulo.” De todo esto, se concluiría que el que no quiera entregarse en amor a Dios y a los demás ya no puede considerarse cristiano, ni tiene nada que hacer en la iglesia.

El otro concepto que habría que enfatizar mucho es el concepto de ministerio, y de la iglesia como un cuerpo en el que todos tienen algo que hacer. Se podría estudiar 1 Corintios 12, Efesios 4, y otros pasajes que hablan del ministerio de la iglesia. Posiblemente se podría usar algo del material que aparece en este libro, acerca de la historia, de las costumbres de la Iglesia Primitiva, etc. En particular, se hablaría de la iglesia como una comunión de amor, una comunidad en la que todos viven unidos, trabajando juntos y compartiendo sus vidas. Estos dos conceptos de la iglesia, como una comunidad de amor, y como un cuerpo en el cual todos trabajan, son los más importantes.

Finalmente, se enseñaría que para que esto sea así, es necesario que se tomen medidas para asegurar que todos los que deseen ser miembros de esa comunidad cristiana realmente vivan como discípulos de Cristo, y que vivan en amor, sacrificándose por los demás y entregándose a Dios. Se diría que ese tipo de comunidad de amor es imposible si se deja que cualquiera forme parte de la comunidad, y que por eso es necesario algún tipo de control o reglamento para mantener el amor en la comunidad.

En todo esto, sería muy necesario que se repitiera una y otra vez: Hemos estado mal. No hemos hecho las cosas como debíamos. No hemos seguido las enseñanzas de Jesús, y ya es tiempo de que empecemos a seguirlas plenamente. Jesús insiste en cierto tipo de vida de cada individuo que desee ser llamado discípulo suyo, y nosotros hemos hecho mal en no poner los mismos requisitos que Jesús. No hemos insistido en el amor en nuestra comunidad. Nuestras comunidades no se parecen en casi nada a las comunidades mencionadas en Hechos 2:42-47, y en otros pasajes. Hay que insistir en la necesidad de cambios.

Es que a veces la gente se acostumbra a la forma de ser de su iglesia, y piensan que no es necesario cambiar nada. Quieren que todo siga igual. Por eso, es necesario demostrar de la misma Biblia que la iglesia tiene que ser diferente. Habría que preparar estudios que demostraran todo esto. Una vez que se hayan hecho los estudios mencionados, ya se podría ir implementando los cambios. Se propondría formar algún reglamento para la comunidad (como el que sigue en la próxima sección). Se implementaría una organización democrática y participativa. Se fijarían requisitos mínimos para la membresía, en cuanto a participación en las diversas actividades de la iglesia, y reglas para amonestar o excluir a los que no cumplan con lo mínimo.

Por supuesto, habría que enfatizar lo que hemos dicho repetidamente: la razón para tener reglas es para poder insistir en la entrega amorosa de cada uno de los miembros. Habría que haber hincapié constantemente de que las reglas existen para preservar el amor entre todos. Esto es muy importante. Inevitablemente, va a haber oposición de algunos de los miembros. Se van a

oponer a cambios. No les va a gustar que ahora se les exija participación. Algunos posiblemente se negarán a hacer todo esto, o se irán de la congregación. Lo más difícil sería el caso de los “fundadores” de la congregación, los que siempre han manejado todo, en el caso de que se opusieran a los cambios. Hay algunos puntos que debemos mencionar con respecto a todo esto.

En primer lugar, es muy importante la forma en que se maneje todo esto. No se debe de hacer con un espíritu legalista o imponente, sino con un espíritu de amor y comprensión. Hay que hacerles ver los males, y hacerles ver la necesidad de cambios. Todo depende del espíritu con el que se hagan las cosas. Es necesario emplear el tacto y la diplomacia para no ofender.

En segundo lugar, hay que anticipar que se irán algunos miembros de la congregación, y reconocer que esto es bueno. ¿Por qué? Porque los que se irán serán los que no desean comprometerse al trabajo de ministerio, los que se niegan a entregarse por completo a Jesucristo y vivir como verdaderos discípulos suyos. Los que realmente quieren entregarse y trabajar no se irán. Los que no desean entregarse sólo serán un estorbo para la unidad y la cooperación entre los miembros si se quedan. El hecho de que amenazan con irse, o de hecho se van, significa que no quieren hacer los sacrificios necesarios para integrar la comunidad, y que no quieren compartir con los demás. Por lo tanto, es bueno que se vayan. Así se efectúa una purificación de la congregación; se quedan los que realmente desean entregarse al Señor, y se van los que no quieren.

En tercer lugar, puede ocurrir que la mayoría de los miembros se opongan a estos cambios. Si ese grupo está recibiendo gratis a un pastor, subsidiado por el Sínodo, el Sínodo podría removerlo para enviarlo a otro lugar. No se les diría a los miembros que se está cerrando la congregación, sólo que se les está retirando al pastor. Ellos decidirán si quieren seguir de alguna forma con su congregación, atendiendo sus propias necesidades, etc. Si hay un pequeño grupo de miembros que sí desean trabajar, se podría formar una misión con ellos.

En todos estos casos, hay que recordar que llega un tiempo en el que hay que abandonar lo que no está dando fruto. Tenemos varios ejemplos de esto en la Biblia. Jesús maldijo a la higuera estéril, que no daba frutos. También contó la parábola de la higuera que no daba fruto, y el dueño le dijo al viñador que la cortara, pero el viñador consiguió permiso para abonarla durante un año, para ver si daba frutos, antes de cortarla (Lucas 13:6-9).

Algunos pasajes hablan de podar (Mateo 7:16-19; Juan 15:2, 6; Romanos 11:16-24). Aquí estamos siguiendo la enseñanza bíblica. Cuando un cristiano, o una iglesia, no da frutos, y se vuelve “estéril,” ya no sirve. Tenemos que tener el valor de “podar” lo que ya no sirve, y dejar de perder tiempo y esfuerzos en casos perdidos. Hay que hacer como el viñador: darle un poco más de tiempo, y si no da frutos, cortar. De hecho, si no se hace esto, nunca se podrá formar una comunidad.

Entre todos los que desean seguir trabajando, se debe formar el reglamento. El reglamento debe incluir requisitos con respecto a la asistencia a la iglesia, participación en los estudios, el aporte económico, tiempo dedicado a obras de amor, y otras responsabilidades.

En el transcurso del tiempo, la congregación debe recibir también bastante información con respecto a los diversos modelos de ministerio. Se debe procurar involucrar a todos en el trabajo, capacitándolos para desarrollar sus dones y participar en el culto, los estudios, etc., no sólo como oyentes sino también como dirigentes, si tienen esos dones. Es muy importante que el pastor los vaya involucrando en todo, y no haga todo él mismo. Debe darles oportunidad a los demás a participar, dejando que otros a veces prediquen, enseñen, dirijan, visiten, etc. Por supuesto, debe darles capacitación para hacer todo lo que vayan a hacer.

¿Qué se haría con el pastor una vez que la congregación está trabajando bien? Hay muchas opciones. Una de las mejores es que se le diga a la congregación que en 5 años, el pastor ya no recibirá ayuda de parte del Sínodo. Entonces, al cabo de esos 5 años, la congregación tendrá que tomar una decisión. Si pueden pagar el sueldo del pastor, y quieren hacerlo, se quedará el pastor (si él también desea). Si no pueden pagarlo, ellos deben haber desarrollado ya un tipo de ministerio que no dependa del pastor de tiempo completo. Ya debe haber gente capacitada para dirigir el oficio, predicar, enseñar, supervisar a los demás, etc. En ese caso, se elegiría a un nuevo pastor de entre los miembros de la congregación que tengan preparación. Este no trabajará de tiempo completo en el pastorado, y así no tendrá que recibir sueldo; o también se le podrá pagar alguna cantidad que le permita dedicarse menos tiempo a su trabajo secular y más tiempo a su trabajo pastoral.

Hay también otras opciones. Por ejemplo, el pastor original podría buscar otra fuente de ingresos y quedarse como pastor, para vivir de un trabajo secular. O podría buscar un trabajo de tiempo parcial y recibir parte de su sueldo de la congregación, y parte de su trabajo secular. El pastor también podría encargarse de dos o tres congregaciones, y entre las dos o tres congregaciones se podría pagar su sueldo. O el Sínodo podría designarlo para abrir una nueva misión, y dedicaría una parte de su tiempo a eso y una parte de su tiempo a pastorear la otra congregación, recibiendo su sueldo de los dos. Estas son algunas de las opciones. Pero lo mejor, y lo más común, debe ser que el individuo sea un misionero, abriendo comunidades nuevas, dejándolas establecidas, y luego yéndose para hacer lo mismo en otra parte.

Por supuesto, al principio de los 5 años, no se sabrá si después de 5 años la congregación podrá sostener al pastor, o cuál será la resolución. Por lo tanto, se debe planear pensando que el pastor se va a ir después de 5 años. De lo contrario, los miembros podrían pensar que se va a quedar, y no aprenderán a trabajar sin él. Si todos están pensando que se va a ir, tendrán que prepararse desde ahora para ese día en que estarán sin él.

Si realmente todos se comprometen a trabajar, y a capacitarse para hacerlo, la iglesia va a crecer. De eso no cabe duda. Sin embargo, nunca hay que dejar de enfatizar las ideas del amor y la comunión. Si estas ideas no están en el centro de todo lo que se hace, se dice, y se respira en la comunidad, esa comunidad nunca será lo que debe ser. Todo depende del amor entre todos.

Un reglamento

Uno de los puntos más importantes que hemos visto es el del reglamento para la comunidad. Todas las comunidades tienen un reglamento, sólo que la gran mayoría no tienen el reglamento escrito. En todas las congregaciones, hay cosas que tienen que hacerse y otras cosas que se prohíben.

El siguiente es un ejemplo de un reglamento congregacional. Por supuesto, en cada congregación habrá diferentes requisitos. Probablemente se tendrían que hacer cambios periódicamente, para revisar y actualizar el reglamento. Así que el reglamento cambiará de una comunidad a otra, y de un tiempo a otro.

UN MODELO DE REGLAMENTO

IGLESIA LUTERANA “LA SANTA FE”

Los miembros de la Iglesia Luterana “La Santa Fe” reconocemos que la iglesia debe ser una comunidad fundada en el amor. Nuestro Señor Jesucristo enseñó que para ser discípulo suyo, es necesaria la entrega completa del individuo al servicio de Dios y de los demás, en amor. También enseñó que si uno se niega a hacer esto, no puede ser discípulo suyo. En nuestra iglesia, tenemos la meta de vivir todos unidos, con un solo corazón y una sola alma, creciendo en amor para con Dios y para con todos los seres humanos. El refugio de Dios es una comunión en la que todos viven unidos a Dios y unos a otros en amor, y la iglesia tiene el propósito de ser la manifestación de ese Reino aquí en la tierra. Eso es lo que nuestra iglesia pretende.

Para alcanzar esta meta, es necesario que todos los miembros de la iglesia se comprometan a vivir en ese Reino, y hacer todo lo posible para que se efectúe entre nosotros. Se requiere del sacrificio y la entrega de cada miembro de la comunidad para que esa comunión se haga realidad. No se puede realizar ese tipo de comunidad si los miembros de la comunidad no viven en amor, sacrificándose y entregándose a Dios y a los demás. Nadie está obligado a pertenecer a esta comunidad; pero los que desean pertenecer a ella están obligados a vivir como miembros activos del cuerpo de Cristo y trabajar para que se realice ese Reino de Dios entre nosotros. El que se niega a hacer esto no puede formar parte de esta comunidad, ni del Reino, porque el ser miembro del Reino de Dios significa vivir en amor y servicio. El que no vive en amor y servicio no puede, por definición, pertenecer al Reino de Dios, ni a la iglesia. Por lo tanto, para asegurar que todos los miembros realmente formen una comunidad fundada en el amor cristiano, y se entreguen a Dios y a los demás en amor, se establece el siguiente reglamento. Todos los que deseen ser miembros de esta comunidad tendrán que someterse a este reglamento:

I. Requisitos de los miembros.

- A. Cada miembro debe ser bautizado, y profesar la fe cristiana.
- B. Cada miembro comulgante debe haber sido confirmado después de recibir la instrucción adecuada.
- C. Cada miembro debe vivir una vida recta y pura.
 1. Si algún miembro comete ofensas muy serias, como el adulterio, actos criminales, etc., ya no podrá ser miembro de la comunidad, aunque la comunidad buscará la forma de ayudarlo y aconsejarlo, para que pueda vencer su problema y reintegrarse a la comunidad.
 2. Si algún miembro comete ofensas como la embriaguez, la deshonestidad, palabras ofensivas, etc., debe ser amonestado por el pastor o la congregación, y debe arrepentirse. Si no se arrepiente, sino sigue cometiendo la misma ofensa, podrá ser suspendido o excluido si la comunidad así lo determina.
- D. Cada miembro debe asistir regularmente a los oficios y participar en los estudios dominicales.
 1. Cada miembro debe hacer el esfuerzo por asistir todos los domingos, y participar en el oficio y recibir la Santa Comunión.
 2. La Santa Comunión se celebrará cada domingo.
 3. Cada miembro debe participar en el estudio bíblico dominical.

4. Si un miembro no puede asistir regularmente por cuestiones de trabajo, enfermedad, etc., debe hablar con el pastor para ver si hay alguna otra actividad en la que puede participar para seguir siendo miembro activo.
5. Si algún miembro falta algún domingo, debe justificar su ausencia con el pastor o algún miembro que se lo hará saber al pastor.
6. Aunque se espera que los miembros asistan todos los domingos, la participación mínima será de 2 domingos al mes (en el oficio y también en el estudio bíblico). Si algún miembro no cumple con esta participación mínima, el pastor hablará del problema con él, y luego con la congregación, y se tomará algún acuerdo para tratar de solucionar el problema.

(Nota: Estos requisitos de participación se establecen para el bien de los miembros, ya que es importante para su propio bienestar espiritual que asistan con regularidad y que crezcan en su fe y sus conocimientos. Por eso, deben asistir a los oficios, recibir la Santa Comunión, y estudiar la Biblia con los demás.)

E. Cada miembro debe practicar una vida devocional privada o familiar en su hogar, y esforzarse siempre por crecer espiritualmente.

1. Todos los miembros deben practicar la oración y la meditación en las Escrituras todos los días.
2. Si es posible, la oración y la meditación en la Biblia deben hacerse a nivel familiar.

F. Cada miembro debe amar y servir a los demás miembros.

1. Cada miembro debe conocer a los demás miembros por nombre, y esforzarse por conocerlos lo más posible. Debe intentar relacionarse con todos los miembros, y no sólo con algunos en particular.
2. Se prohíbe que algún miembro hable mal de otro, lo insulte, o lo trate mal. Si dos miembros se niegan a hablarse o tratarse entre sí, los dos serán amonestados, y se pedirá a los dos que se reconcilien. Si se niegan a hacerlo, el caso será presentado ante la congregación para que los demás miembros decidan qué hacer.
3. Si algún miembro ofende o lastima a otro, debe pedirle perdón, y éste debe perdonar. Si alguno tiene queja en contra de otro que no encuentre solución, se deben seguir las reglas de Mateo 18:15-17, para tratar de solucionar el conflicto.
4. Todos los miembros deben orar por cada uno de los demás miembros por nombre por lo menos una vez por semana en sus oraciones privadas.

G. Cada miembro debe expresar de maneras concretas su amor por las personas que no pertenecen a la comunidad.

1. Cada miembro debe expresar el amor cristiano hacia todos los demás seres humanos en cada momento de su vida cotidiana. Debe mostrar una verdadera preocupación por el bienestar integral de los demás. No debe ofender, lastimar a maltratar a nadie, hablar mal de otros, ni sembrar discordia. Al contrario, debe buscar el bien de los demás en todo momento.
2. Cada miembro debe orar por los demás todos los días—por los necesitados, los enfermos, los que sufren, etc.
3. Cada miembro debe dedicar una hora cada semana a hacer algo por los demás. Esto puede ser a nivel individual o en conjunto con otros miembros de la congregación. Si en alguna semana no cumple con esta hora de servicio, debe hacerlo en la semana siguiente.

(agregando el tiempo que faltó de su hora a la hora correspondiente a la nueva semana). Si sabe de antemano que no va a poder cumplir con su hora de servicio en una semana determinada, puede hacerlo de antemano, una o dos semanas antes.

4. Todas las semanas, cada miembro debe llenar la “Hoja de informe de actividades” para informar sobre lo que hizo en esa semana.
5. Si el pastor o los líderes de la congregación ven que algún miembro falla mucho en este respecto, deberá informar a la congregación después de hablar con el individuo, para que la congregación tome los pasos necesarios.
6. Todos los miembros mayores de los 18 años, incluyendo al pastor y a los demás líderes, deben cumplir con esta hora de servicio; se espera también que los miembros menores de 18 años también lo hagan de una forma voluntaria.

H. Cada miembro debe compartir el Evangelio con los demás y hacer lo posible para que se incorporen a esta u otra comunidad cristiana.

1. Cada miembro debe dar buen testimonio con su vida y sus palabras a los demás. El mejor testimonio que se puede dar es el amor.
2. Cada miembro debe compartir su fe con otros.
3. Cada miembro debe hablar de su fe cristiana o de su comunidad con por lo menos 2 personas cada semana, invitándolas a conocer a Jesucristo o a su comunidad. Debe indicar en la Hoja de informe de actividades los nombres de las personas con las que habló. Estas personas pueden ser familiares, amistades, vecinos, compañeros de trabajo, etc. No tienen que ser personas diferentes cada semana, pero es preferible que no sean siempre las mismas.
4. Si el miembro falla mucho en este respecto, se podrá presentar el problema ante la congregación, la cual decidirá qué pasos pueden tomarse para corregir el problema.

I. Cada miembro debe desarrollar los dones que el Espíritu Santo le ha dado, capacitándose para ayudar a llevar a cabo el ministerio de la iglesia, y empleando esos dones al máximo.

1. Cada miembro debe descubrir e identificar los dones que el Espíritu Santo le ha dado, con la ayuda del pastor y los otros miembros. Todos tienen alguna función que llevar a cabo en el cuerpo de Cristo que es la iglesia.
2. Después de identificar los dones de los miembros, éstos deben recibir capacitación y orientación para poder emplear esos dones. Se debe animar y estimular a los miembros para que desarrollen y pongan en práctica sus dones.
3. La congregación ofrecerá programas de estudio y capacitación para los miembros, para que puedan desarrollar y emplear sus dones espirituales.

J. Cada miembro debe cooperar en lo económico para sostener el ministerio de esta congregación.

1. Cada miembro debe contribuir económicamente a la iglesia. Se espera que haga esto con gozo y con amor, ofreciendo lo que pueda al Señor con un corazón generoso.
2. Se espera que todos los miembros practiquen el diezmo, ofreciendo un 10% de sus ingresos al Señor. Si no puede practicar el diezmo, debe ofrecer alguna otra cantidad fija, de ser posible.
3. Si algún miembro se niega a ofrendar de lo que tiene con un espíritu generoso, el pastor o algún otro miembro de la congregación debe hablar con él, para animarlo a ser generoso para con el Señor.

(Nota: Aunque a veces hay miembros que tienen tan pocos recursos económicos que no pueden ofrendar grandes cantidades, por lo general los que se niegan a ofrendar generosamente de lo que tienen no están bien relacionados con Dios. El problema no es realmente el dinero, sino la falta de entrega al Señor. Los que no quieren ofrendar muchas veces no están muy entregados a Dios, y tienen el corazón cerrado. Entonces, al hablar con estas personas, se debe hablar de su entrega a Dios principalmente, para ver si realmente están viviendo para el Señor y lo aman. Después de hablar de esa relación, entonces sí se podrá hablar de sus ofrendas.)

K. Cada miembro debe participar en el funcionamiento y el proceso de toma de decisiones en esta iglesia.

1. Los miembros de la congregación deben reunirse una vez cada dos meses para discutir el funcionamiento de la congregación, hablar de problemas y soluciones, planear el trabajo de ministerio, etc.
2. Los líderes de la congregación deberán ser elegidos por los miembros, y deben reunirse con más frecuencia.
3. El presidente de la congregación convocará y dirigirá todas las reuniones.
4. Las reuniones congregacionales no durarán más de una hora. Si quedan asuntos pendientes urgentes, deben ser tratados en otra reunión otro día.
5. Todos los miembros deben asistir a las reuniones congregacionales.
6. Las decisiones se tomarán por mayoría de voto de los miembros confirmados mayores de 18 años.

II. Responsabilidades del pastor.

A. El pastor será elegido y llamado por la congregación. El llamado durará por el tiempo que la congregación desee.

B. El pastor tendrá la responsabilidad de supervisar y coordinar el trabajo de ministerio de la congregación.

C. El pastor será responsable por su trabajo ante la congregación.

D. Si hay alguna queja en contra del pastor, primero se debe hablar en privado con él. Si no se soluciona el problema, será presentado ante los miembros en una reunión congregacional, dirigida por el presidente de la congregación.

III. Administración y trabajo.

A. La autoridad suprema en la congregación es la asamblea de los miembros. Las decisiones serán tomadas por mayoría de voto. Para que una asamblea tenga validez, las dos terceras partes de los miembros tienen que estar presentes.

B. La congregación elegirá a un presidente, un vice-presidente, un secretario y un tesorero cada dos años. También podrá elegir a otros líderes congregacionales (por ejemplo, un Director de la Juventud, de la Evangelización, de la Educación, etc.). Tanto hombres como mujeres podrán ser elegidos a cualquiera de estos puestos. Si algún miembro elegido a uno de estos cargos no puede cumplir con el cargo, otro será elegido para tomar su lugar.

C. El tesorero manejará todas las finanzas de la congregación, bajo la supervisión de los demás. Dará un informe mensual de la contabilidad, el cual será puesto a la vista de todos los miembros.

D. Por lo menos un 20% de los ingresos por las ofrendas y los diezmos será destinado a programas de ayuda para personas fuera de la iglesia.

IV. Disciplina

A. El pastor y otros miembros de la congregación deben animar a todos los miembros para que cumplan con los puntos de este reglamento. Si algún miembro no cumple fielmente, el pastor debe hablar con él y amonestarle con amor cristiano.

B. En el caso de miembros cuyo incumplimiento es muy grave, la congregación decidirá qué hacer con ellos en una de las reuniones congregacionales ordinarias. La congregación podrá amonestar, suspender o expulsar a algún miembro si lo cree necesario, con el fin de corregirlo.

(Nota: Es muy importante que la congregación tome en serio la responsabilidad de amonestar a sus miembros para corregirlos. Si la congregación se niega a disciplinar a los miembros que no cumplan con su compromiso cristiano, muy pronto se crearán problemas en la congregación, ya que sólo algunos estarán cumpliendo, mientras otros no, y se dará lugar a divisiones y discordia. No se puede permitir la división y la falta de amor entre los miembros de la comunidad si esta comunidad va a estar fuerte; por eso, es importante que se practique la disciplina. Al mismo tiempo, es muy importante recordar que todo esto se hace por el bien de los miembros. Eso es lo que realmente importa. Por lo tanto, cada caso es especial. En algunos casos, lo mejor será perdonar; en otros casos, cuando no hay un arrepentimiento sincero ni un deseo de cambiar, podrá ser mejor no perdonar. De cualquier manera, siempre se debe tratar a todos con amor, y con el deseo de ayudarlos para que se fortalezcan en su fe cristiana.)

V. Revisión del reglamento

La congregación reunida en asamblea tendrá la autoridad de agregar, quitar o alterar cualquier punto de este reglamento en cualquier momento.

INFORME DE ACTIVIDADES

Iglesia Luterana “La Santa Fe”

Nombre _____

Semana del ____ al ____ del mes de _____ del año 20____.

1. ¿Cuántos días oró usted y leyó su Biblia en esta semana? _____
2. ¿Oró usted por los demás miembros de esta congregación durante la semana por nombre?
SÍ NO
3. Describa sus actividades en cuanto a obras de amor y servicio por otras personas durante la semana, tanto como individuo como en conjunto con otros miembros de esta congregación (dónde, cuándo, para quién, qué hizo, etc.):

Número aproximado de horas dedicadas a obras de servicio: _____

4. Escriba los nombres de las personas con las que usted habló de su fe cristiana o de esta comunidad durante la semana:
5. Observaciones:

LO APRENDIDO EN ESTE ESTUDIO
RESUMEN DE APRENDIZAJES

Anoten, a continuación, por lo menos 10 puntos que aprendieron sobre la Iglesia y el concepto de comunidad: